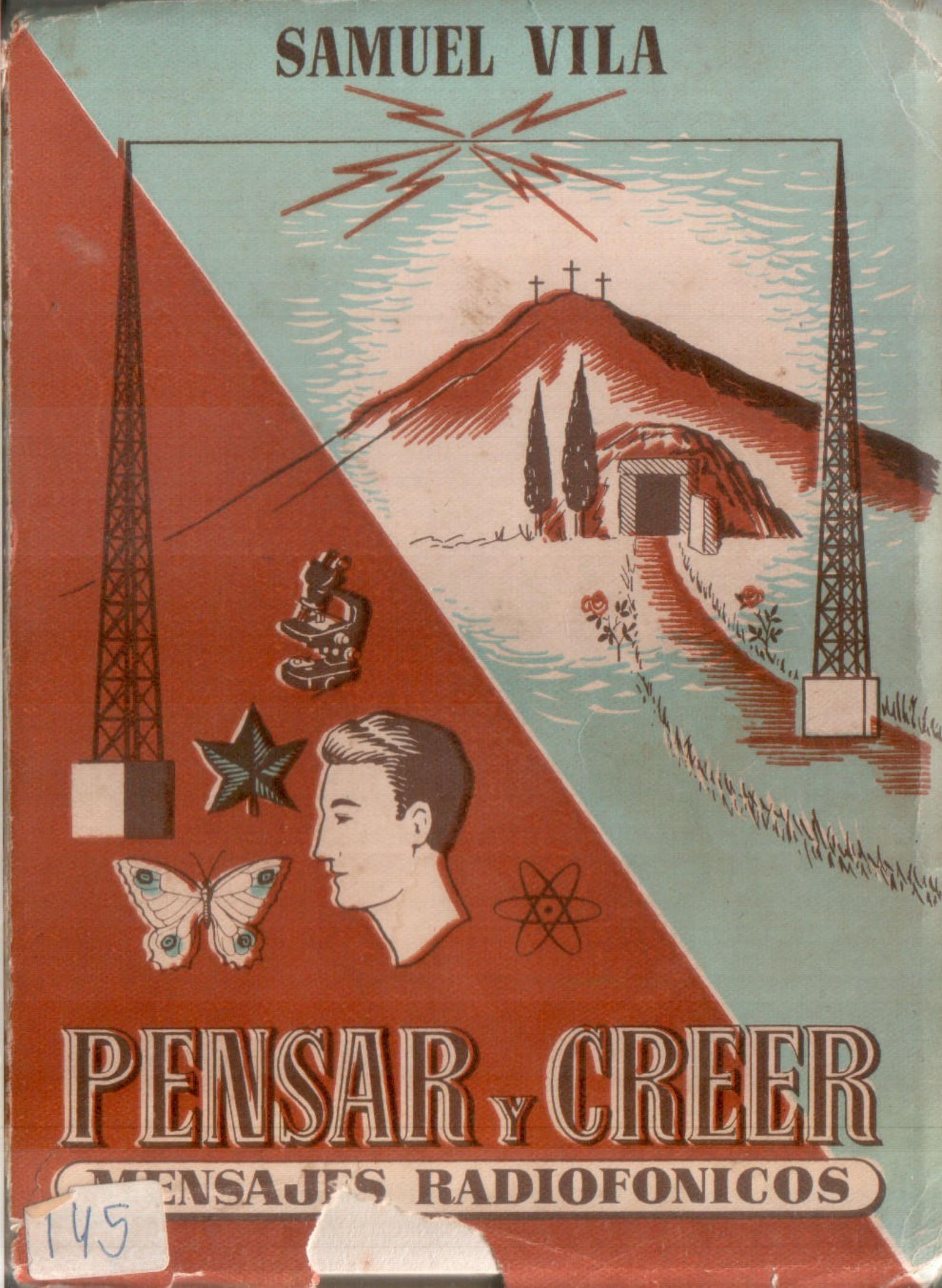
SAMUEL VILA



PENSAR Y CREER

MENSAJES RADIOFONICOS

145

Este libro es propiedad
de la: B. P.

El bibliotecario

PENSAR Y CREER

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela
DE

PREFACIO

Estas charlas radiofónicas fueron pronunciadas por el autor, primeramente, ante los micrófonos de Radio Holland y Radio Muskegon (Michigan) U.S.A., el verano de 1954, en emisiones especialmente destinadas a los cosecheros mejicanos que todos los años acuden a ofrecer sus servicios a las granjas de dicho Estado. Entre los dueños de éstas hay muchos cristianos evangélicos que se preocupan del bien espiritual de sus temporarios obreros y alentados en este propósito por sus pastores, procuran que el Evangelio les sea predicado por todos los medios en su propia lengua española.

Posteriormente han sido radiadas por las emisoras de Montecarlo y Tánger con destino al pueblo español. Con tal motivo se ha sentido la necesidad de ponerlas en forma impresa para

enviarlas a radioescuchas que quisieran poseerlas por escrito, así como a personas que no tuvieron la oportunidad de escucharlas, pero serían beneficiadas con su lectura.

Ante el micrófono, el contenido de este libro ha dado lugar a 17 emisiones, pero lo hemos agrupado al imprimirlo en doce capítulos, de acuerdo con los asuntos de que trata, ya que nos lo permite el no hallarnos ceñidos al cronómetro como en el momento de la grabación.

Será conveniente hacer notar, especialmente para cierta clase de lectores, que el estilo de estas pláticas es, de exproceso, popular, como destinado que fué en sus orígenes a trabajadores de la tierra; pero los asuntos de que trata son los mismos que han preocupado a los grandes filósofos y pensadores de todos los tiempos.

Es bien notorio que el público de nuestro siglo no tiene tiempo ni paciencia para leer obras voluminosas de filosofía o teología, prefiriendo lecturas más ligeras. Como en terapéutica, es necesario hoy día, en el terreno religioso, proveer a los pacientes espirituales (tanto más necesitados que los enfermos del cuerpo) de específicos concentrados: libros breves y de fácil asimilación, que hagan a las mentes pensar y a los corazones sentir, poniendo claras y evidentes, hasta donde pueden serlo para la mente humana, las grandes verdades del Cristianismo.

Bien sabemos que la fe se mueve en una esfera superior a los límites del raciocinio; que el hombre que no quiera creer, siempre encontrará misterios con que excusar su falta de fe. Pero aún cuando no podamos resolver todos los problemas, ni demostrar la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, o la divinidad de Cristo, con la misma certeza y precisión con que demostramos un teorema matemático, es necesario hacer evidente al público de nuestros días que la fe tiene sus razones en que apoyarse. Razones que podrán convencer o no, según la disposición de mente del que examina la cuestión. Las que hallamos en un cristianismo genuino, libre de supersticiones y abusos de autoridad, son empero suficientes para preparar el camino a una fe sincera.

Esto significa que el alma puede llegar a un estado de conciencia que le permita, sin dificultades insuperables de orden intelectual, realizar lo que se ha dado en llamar el salto de fe, o sea la conversión. Esta consiste en creer aquellas cosas que no podemos ver, pero que por estar afirmadas por la autoridad de Cristo son aceptadas por nuestro sentido moral, el cual se mueve en un plano superior el del simple raciocinio. Así es como el Cristianismo Evangélico es profesado en nuestros días por muchos hombros inteligentes y sinceros de todas las esferas sociales, en todo el mundo.

Cabe decir que, este pequeño libro es sólo una iniciación, y que la persona que se interese en sus razonamientos tendrá a su disposición libros

mucho más extensos, con ayuda de los cuales podrá completar y afirmar su fe.

Quiera Dios usar estas sencillas páginas para iluminar a muchas almas encauzándolas por un camino de esperanza que creemos no ha de verse defraudado: la esperanza de la vida eterna.

CAPÍTULO I

¿DE DONDE VENIMOS?

El objeto de estas charlas no es simplemente dar una serie de sermones religiosos.

Queremos sentarnos cerca del micrófono y con toda franqueza, como si estuviéramos en la mesa de una tertulia, discutir temas de vital interés de un modo franco y razonable. Nos proponemos invitar a nuestros oyentes a pensar, y a sacar conclusiones de sus propios razonamientos. Nos anima en este propósito la seguridad de que tales conclusiones, lealmente aceptadas, pueden cambiar enteramente su modo de ser y proporcionarles una satisfacción tan grande, que la misma vida les parezca una cosa nueva y más digna de ser vivida.

Las grandes preguntas del ser humano

Desde que llegamos al uso de nuestra razón acuden a nuestra mente pensamientos tales como estos:

¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Por qué existen todas las cosas que me rodean; la tierra, el aire, las plantas, y los seres vivos en la forma en que los vemos organizados? ¿Hay algún propósito en este cúmulo de circunstancias afortunadas que han hecho posible la vida en nuestro planeta? ¿Hay Dios o no lo hay? ¿Es producto de la casualidad todo lo que existe?

Y otras no menos importantes que éstas, por afectarnos más personalmente, y son: ¿Hay vida después de la muerte o no la hay? ¿Qué pasa cuando morimos? ¿Quedamos reducidas a la nada, a un puñado de polvo? o ¿existe algo superior a la materia, que haya de permanecer aparte de nuestro cuerpo? ¿Es nuestro yo materia o espíritu?

En los países llamados cristianos todo el mundo ha oído hablar de Jesucristo. Se dice que murió clavado en una cruz hace más de 1900 años y que lo hizo como Redentor de la humanidad. Pero es muy posible que más de uno de nuestros amigos radioyentes se haya preguntado: ¿Por qué tenía que morir Jesucristo por mis pecados? o ¿Qué tienen que ver mis actos presentes, buenos o malos, con la muerte de un hombre justo a quien asesinaron los soldados romanos hace veinte siglos?

Vamos a tratar de contestar hoy brevemente tan sólo a la primera pregunta: ¿De dónde venimos, o cuál es el origen de todas las cosas que

existen? dejando las otras preguntas para próximas emisiones:

El supremo dilema

A esta cuestión dan los filósofos una u otra de estas dos respuestas:

1.° *La materia es la causa y origen de todas las cosas.*

2.° *Un espíritu universal, a quien llamamos Dios, es causa y origen de todo lo que existe.*

Los primeros pretenden que la materia ha existido siempre, y por casualidad, ha llegado a organizarse en nuestro planeta, y quizás también en otros, en la forma que lo vemos hoy día. No reconocen plan ni propósito alguno en la creación.

Otros, en cambio, admiten que un gran Poder Inteligente, existente por sí mismo desde toda la eternidad, ha creado los mundos en el espacio, y más tarde todos los seres vivos, de los cuales el ser humano parece ser el principal objetivo, por lo menos en el planeta en que vivimos. El hombre puede ser considerado ciertamente como la obra cumbre de esta creación, porque es el único, entre los seres de tan diversas formas que pueblan tierra, mar y aire, dándose cuenta de su propia existencia. Por esto nos es dado formular las preguntas que venimos discutiendo, las cuales no se las ha hecho jamás ningún pe-

rro, ningún caballo, ni ninguno de los animales que nos rodean.

Ahora bien, ¿cuál de estas dos respuestas es la más razonable? No hay que negar que ambas son misteriosas.

Que Dios exista desde toda la eternidad es algo difícil de concebir para nuestra mente, pero no lo es menos el suponer que la materia existe de por sí desde siempre.

Algo empero debe haber existido de por sì, sin origen alguno, pues de la «nada», nada puede salir. Si alguna vez no hubiese existido nada en el Universo, nunca hubiera llegado a existir nada, pues la «nada», nada puede producir.

¿Materia o Inteligencia?

Admitiendo este misterio de que, algo debe existir de por sí desde toda la eternidad surge la pregunta: ¿Qué es más probable que haya existido siempre, la materia o el espíritu? Si lo eterno es la materia. ¿Cómo pudo la materia ininteligente organizarse a sí misma y por sí misma de un modo tan admirable como lo vemos en la disposición de los elementos, la tierra, el aire, el agua, las lluvias, las estaciones y los órganos tan maravillosos que poseen todos los seres vivos?

¿Cómo se puede iniciar o formar la inteligencia de materia ininteligente? Nadie puede dar lo que no tiene. Ahora bien, la materia simple,

lo que conocemos, tocamos y palpamos, aquello que los sabios llaman átomos y moléculas de diversas substancias, no poseen inteligencia de por sí; sin embargo se hallan organizados como si la tuvieran. Cada cosa, cada miembro del cuerpo y cada elemento del Universo se halla en su lugar formando mundos y seres vivos verdaderamente maravillosos.

Ello nos revela que hay un Poder inteligente detrás de la materia. Un Poder oculto que mueve lo visible y tangible; aunque no se le ve, se le descubre por sus obras. El Apóstol San Pablo dice: «Las cosas invisibles de El, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver por las cosas que son hechas, de modo que son inexcusables los que no creen».

Esto nos demuestra que tenemos un Padre. Aquel Padre Celestial que vino a revelarnos Jesucristo. Que no existimos por pura casualidad.

La esperanza de inmortalidad

Ahora bien: Podemos dar por supuesto que si existiéramos por casualidad volveríamos a la nada, dejaríamos de ser cuando muriésemos. Pero si no existimos por casualidad, si alguien se propuso que existiésemos, para algo nos hizo existir, y por alguna razón nos ha dado este deseo de inmortalidad y este afán de conocimiento que todos tenemos.

Todos queremos saber. Aun cuando no haya-

mos tenido el privilegio de una esmerada educación, queremos aprender y conocer el porqué de las cosas; y todos queremos vivir, no nos gusta la idea de dejar de ser. Tenemos ansias de vivir para ser felices, para disfrutar de las cosas buenas y hermosas que encontramos en este mundo y que probablemente existen también en otros lugares del Universo.

Nosotros creemos que estos deseos pueden ser satisfechos. Este gran Ser que ha creado el Universo, se ha revelado a los hombres haciéndonos saber que nos ama, y que nos creó para que lo amásemos y reconociéramos como se merece.

Nuestro Señor Jesucristo dijo: «De tal manera amó Dios al mundo que ha dado su hijo Unigénito, para que todo aquel que en El crea no se pierda mas tenga vida eterna».

El Apóstol San Pablo declara: «Dios no está lejos de cada uno de nosotros, pues en El vivimos y nos movemos y somos», y si lo buscamos lo encontraremos. Hallaremos que El es un Ser maravilloso, que interviene en todas las cosas grandes y pequeñas, y que, del mismo modo que con gran sabiduría nos ha provisto de múltiples beneficios, los cuales nos producen bienestar y felicidad aquí, ha preparado también una feliz morada para nuestras almas después de la muerte.

Esto es muy importante, pero hoy ya no tenemos tiempo para ocuparnos de ello; procuraremos explicarlo de modo lógico y racional en

otras charlas, del mismo modo que en estos momentos hemos intentado aclarar el misterio de su propia existencia. Lo haremos de un modo breve respondiendo a las objeciones y dificultades que presentan estos grandes temas, hasta donde podremos explicarlas, con el auxilio de la revelación que Dios mismo nos ha dado: las Sagradas Escrituras, y la razón, que nos permite pensar y darnos cuenta del pro y el contra de las cosas.

Capítulo II

¿HAY UN PROPOSITO EN LA CREACION?

La Sagrada Escritura dice: «es necesario que el que a Dios se allega, crea que lo hay y que es galardonador de los que le buscan». Esto significa que, si no puede uno tener alguna seguridad de que hay un Dios, el cual ha hecho todas las cosas con sabiduría, jamás podrá estar seguro de nada respecto a su propio porvenir. Sí puede, en cambio, creer firmemente que hay un Dios en el Universo, todas las demás cosas que nuestros corazones desean y anhelan son posibles, pues con Dios todo lo es. Se trata solamente de establecer la certeza o la probabilidad de su existencia.

Afortunadamente, las pruebas de que Dios existe, son tan numerosas en el Universo que, solamente el hombre que cierra sus ojos a toda evidencia y tapa sus oídos a todo razonamiento, es el que puede permanecer en su incredulidad. Es innegable que hay misterios en la religión, pero lo cierto es que, después de dar mu-

chas vueltas sobre el asunto, el noventa por ciento de los científicos más notables de nuestros días está volviendo a la idea de que existe, que debe existir por fuerza, un Poder inteligente detrás de la Naturaleza.

Examinemos primero:

Las maravillas del mundo vegetal

Parece evidente que existe una sabia relación entre la composición química de la tierra, o sea las substancias de que se compone el suelo, y las necesidades de las plantas.

Es una gran suerte que la mayor parte de la superficie terrestre presente una forma esponjosa, y no sea roca dura ni tampoco arenal.

Las características de su superficie, aunque accidentales en apariencia, son un ejemplo de alta previsión. Las montañas eran tan necesarias como las grandes llanuras, cultivables, de donde sale nuestro alimento, pues en las alturas es donde brotan — ¡cosa maravillosa! — las fuentes; y allí mismo queda depositada la nieve, que al fundirse en tiempo de calor, alimenta las corrientes que sirven para regar la tierra. Un mundo completamente llano, aunque en apariencia tuviera grandes ventajas, hubiera sido una verdadera desgracia para los seres vivos. La circulación constante del agua sobre la tierra es una prueba de la intención y designio del Creador.

Y en cuanto al aire ¿Quién no ha pensado en

lo maravilloso y afortunado que es, el que la tierra se halle rodeada de esta capa gaseosa que purifica la sangre de nuestros pulmones, alimenta las plantas y sirve de vehículo al sonido? Pues lo que nos hace oír son ondas que se producen en el aire y que hieren el tímpano de nuestros oídos. Sería inútil tener oídos si no existiese el aire, que produce las ondas sonoras. En esta relación maravillosa ¿No vemos el designio y propósito del Creador?

Las plantas, lazo de unión entre dos reinos

Designio semejante se observa al estudiar las plantas.

Parece evidente que el propósito de las plantas es servir como lazo de unión entre los elementos de la tierra y los seres vivos del mundo animal. No podríamos alimentarnos de puñados de tierra. La tierra no es asimilable a nuestro organismo, pero cada planta es como un laboratorio de química donde los elementos que se llaman inorgánicos de la tierra: calcio, sodio, hierro, etc., se convierten en elementos orgánicos, o sea, hidratos de carbono y substancias nitrogenadas, que nos pueden servir de alimento.

¿Han observado Vds. lo bien protegidas que están las plantas y semillas, con el decidido propósito de facilitar su conservación y reproducción? Pulpas, vainas, cáscaras, hollejos y costras con espinos, se usan para el mismo fin: el

de proteger la semilla hasta que llegue a su estado de madurez, pero la más firme protección cesa de repente, cuando ha llegado el tiempo en que la simiente ha de volver a la tierra para realizar la maravilla de la reproducción de la planta.

Parece que el Creador quiso hacer su obra no solamente buena, o sea apta para su objetivo de alimentar a los seres superiores llamados animales, sino: «buena en gran manera», como dice el relato del Génesis. De ello nos convencemos al observar la variedad de frutos agradables a nuestro paladar. El mismo hecho de que, aquellos que nos ofrecen alimento refrescante, maduren en las épocas de calor y la previsión de que existan otros que no se corrompen, sino que pueden ser guardados para el invierno, y que éstos en virtud de su composición química sean los que proporcionan más calor al cuerpo, como ocurre con todas las clases de nueces y cereales, nos obliga a inclinar nuestras cabezas con sentimientos de rendida adoración y gratitud.

Hay detalles en las plantas que muestran un definido propósito en favor de las mismas, por ejemplo: Las de tallo hueco, como el trigo y otros cereales, tienen cañas con nudos de trecho en trecho para darles solidez; mientras que por otro lado, los zarcillos, en las plantas de tallo débil, son un acertado recurso para evitar que dichas plantas débiles se pudran al tener que arrastrarse por el suelo. Estas fibras da-

das a enramarse, en las cuales se apoyan, les ayudan a subir y recibir en sus extremos superiores la benéfica luz del sol, cuando se ven impedidas de ello sus partes inferiores.

Todo en el mundo parece haber sido formado con el propósito de hacer, no solamente posible sino agradable, la existencia a los seres vivos que la pueblan. Esto nos dice, con un lenguaje bastante claro, que el Hacedor de todas estas maravillas, aunque se mantenga oculto, tenía desde el principio un buen propósito en favor de los seres que iban a existir en este mundo: o dicho en otras palabras: Dios ama a sus criaturas.

¿Hoy un propósito para el hombre?

Entre estas criaturas, la única que parece darse cuenta de que existe un Creador que hizo todas las cosas con sabiduría, es el ser humano. Los animales disfrutan de muchos beneficios de la Creación, pero sin darse cuenta al parecer del porqué de ellos. Por esto no se ha visto nunca a un caballo o un perro arrodillarse para adorar a Dios; pero en cambio los hombres de todas las razas, desde siglos inmemoriales, están buscando al Creador, preguntándose quién debe ser este Ser poderoso y misterioso que hizo todas las cosas con tanta sabiduría, y con no menos ahinco tratamos de descifrar el misterio de la muerte. No nos conformamos con dejar de

ser. Pensamos que sería muy triste, y aun cruel por parte del Creador, el habernos dado la vida y los deseos de inmortalidad que poseemos, si tales deseos no hubieran de ser satisfechos.

Afortunadamente, la revelación divina, de cuya realidad tenemos bastantes pruebas, concuerda con los mismos anhelos de nuestro corazón cuando nos dice que el hombre ha sido hecho, «a imagen y semejanza de Dios», no para morir y quedar reducido a un puñado de polvo, sino para gozar de una vida superior que ha de seguir a la disolución de su cuerpo. Si el hombre tuviese que morir y dejar de ser, la misma creación del mundo nos parecería fuera de toda lógica.

Alguien ha dicho que tenemos que imaginarnos al Creador, o bien como un niño que se entretiene en hacer burbujas por el placer de verlas deshacerse, o como a un padre que está educando a sus hijos para la Eeternidad. Evidentemente este segundo concepto o propósito es mucho más elevado, y más logico para atribuirlo a un Ser cuya infinita sabiduría se descubre en sus admirables obras. Ningún hombre sensato edificaría una casa y la abandonaría sin más ni más. Si empleamos esfuerzos e inteligencia es siempre con un propósito digno, que valga la pena. ¿No ha de ser así con el Creador? ¿No es más razonable pensar que El nos ha dado la existencia para realizar algún sabio y noble propósito acerca de nosotros, que creer que el

hombre con su inteligencia y sus altas aspiraciones ha sido creado solamente para convertirse en un puñado de polvo?

Haciéndonos aptos para nuestro destino

La Biblia nos dice que Dios nos ha hecho para ser felices en El y con El. Jesucristo decía: «Padre, aquellos que me has dado quiero que donde yo estoy ellos estén también conmigo para que vean la gloria que me has dado», y nos aseguró: «Voy a preparar lugar para vosotros» y, «volveré otra vez y os tomaré a mí mismo para que donde yo estoy vosotros esteis también conmigo». Jesucristo estaba tan seguro de esta realidad, que Dios ha creado a los hombres para la eternidad y que todo lo que existe en este mundo no es sino la preparación y la antesala de una vida superior, que llega a decir: «No temais a los que matan el cuerpo mas después no tienen más que hacer, os enseñaré a quién temais: Temed a Aquel que después de quitar la vida, puede destruir vuestra alma en el infierno, así os digo, a este temed». Y en otro lugar declaró: «¿De qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?».

Tenemos buenas razones para creer que el Creador que se revela de un modo tan evidente en la Naturaleza, ha hecho posible que puedan cumplirse las mejores aspiraciones de nuestra alma que anhela la inmortalidad y felicidad, al

par que desea librarnos de un peligro misterioso y terrible que se cierne sobre nosotros por razón de las leyes morales que rigen el Universo (de las cuales tenemos un reflejo en el fondo de nuestras conciencias), si descuidamos nuestros deberes y nos empeñamos en vivir como seres rebeldes a su voluntad.

Escapar de tal peligro, y hacerse apto para la verdadera vida, debiera ser el mayor empeño de cada hombre. Para ello no es necesario caer en las exageraciones ridículas del ascetismo o misticismo, sino simplemente hacer caso de lo que el Creador nos ha comunicado en Jecucristo por aquel libro, que un eminente orador español, por cierto nada fanático (1), llamaba: «La revelación más pura que de Dios existe». Este libro es la Santa Biblia.

(1) Emilio Castelar en su discurso sobre la Biblia, dado en las Cortes de España.

CAPÍTULO III

NUESTRA MARAVILLOSA HABITACION

El propósito benéfico del Creador que se observa en la creación se hace más evidente en la maravillosa estructura de nuestros propios órganos. Indudablemente, antes de que nosotros existiésemos, alguien se propuso que pudiésemos ver, oír, gustar y hablar, para comunicarnos unos con otros, y creó una serie de organismos maravillosos, expresamente destinados a tal fin.

El ojo

Claramente observamos que el ojo ha sido ideado con el propósito definido de producir la vista, no diferenciándose su estructura de la de cualquier cámara fotográfica, sino en que la máquina del ojo, además de ser infinitamente más pequeña, resulta mucho más compleja e ingeniosa.

Necesitábase en el ojo, como en cualquier aparato de fotografía, formar una impresión nítida

de las imágenes sobre una superficie adecuada, que llamamos clisé, y en nuestro ojo retina.

Para que la imagen se produjese nítida, fué provista, a la entrada del globo ocular, una substancia extremadamente transparente, la única que lo es en el cuerpo humano, llamado humor vítreo, que ejerce el oficio de lente de extremada potencia y nitidez.

El ojo tenía necesidad de percibir imágenes situadas a diversas distancias,, que variasen entre unos pocos centímetros y varios kilómetros. Para el enfoque de las tales, los ópticos hacen mover el lente acercándolo o retirándolo del film, a voluntad. Esto habría sido muy difícil en un ojo de carne, y para ello el Constructor apeló a otro recurso, que consistió en cambiar la densidad del mismo lente. El cristalino no es un cristal rígido sino sustancia viva y elástica, engastada en un músculo circular; por un movimiento de éste la lente se comba o se aplana, variando la distancia focal.

El ojo tenía también que adaptarse a varios grados de luz. Para tal objeto, el orificio llamado pupila, aumenta o disminuye su abertura automáticamente por medio de diminutas fibras musculares ingeniosamente dispuestas. Contemplad un ojo en la sombra; la pupila se dilata. Encended súbitamente una luz eléctrica: en seguida la pupila vuelve a adquirir las reducidas dimensiones de una cabecita de alfiler, y todo ello sin perder su forma circular.

Necesitaba, además, tan delicado instrumento para conservarse limpio y moverse con facilidad, estar siempre humedecido, y por esto tenemos una secreción especial llamada lágrimas que manan no solamente cuando el dolor nos aflige sino también sin causa moral justificada, en el instante en que nuestro ojo ha sufrido una contusión, o bien ha sido invadido por un cuerpo extraño o un ácido que puede perjudicarle, como el de la cebolla. El propósito de dicha secreción para limpiar y quitar aquello que estorba no puede ser más evidente.

No menos despierta nuestra admiración todo cuanto rodea a este órgano protegiéndole como parte preciosa y débil. El globo ocular está colocado en una sólida y profunda órbita, compuesta de la reunión de huesos ahuecados en su contorno. Las cejas que están delante son como un parapeto que le preserva del sudor.

El oído

No es menos maravilloso el órgano del oído, con su tímpano que recibe las vibraciones del aire, los huesecillos, que hacen el oficio de palanca y acrecientan la fuerza de los pequeñísimos movimientos del tímpano, y el oído interior o caracol, donde hay cómo una especie de piano con millares de cuerdas, que vibran al compás de los diversos sonidos, desde el estampido de un cañonazo hasta las notas más altas del ave ruiseñor.

¿Puede alguien imaginarse que recursos tan ingeniosamente buscados se formasen por mera casualidad sin que hubiese alguna mente inteligente que diseñara su disposición y configuración? Puede alguna mente sensata pensar que fué él animal, en algún tiempo ciego e ignorante de las leyes de la luz, quien eligió los materiales del ojo y los dispuso admirablemente en forma de cámara para producir un efecto que ignoraba totalmente?

El que quiera creerlo de esta manera allá él con su obtusa credulidad, pero millares de hombres muy inteligentes, no por sujeción a ningún dogma religioso, sino en honor a la verdad, se ven incapaces de acallar las voces de su corazón y de su conciencia tratando de imaginar tales absurdos. Por lo tanto se sienten obligados a atribuir las citadas maravillas a un supremo Artífice inteligente, es decir: a Dios.

Siguiendo las huellas de Dios

Así lo expresó cierto viajero que hace años formaba parte de una expedición compuesta en su mayor parte de viajeros excépticos, los cualos, en sus ratos de ocio solían burlarse de la religión, afirmando que el hombre sensato y pensador no puede creer nada más que lo que ve, y como nadie ha visto a Dios ni a su propia alma, se apresuraban a declarar que nadie puede creer en tales cosas. En esto, llegaron a un

lugar donde aparecían huellas netamente impresas en la arena, y pronto decidieron forzar la marcha para viajar en compañía de la supuesta caravana que había pasado por allí recientemente. Mientras hablaban de ello el viajero en cuestión dijo:

—Señores, ustedes hablan con mucha seguridad de la existencia de unos compañeros que suponen acaban de pasar por este lugar. ¿Es que alguien de ustedes les ha visto?

Los viajeros comprendieron la ironía de tal advertencia y no volvieron a zaherir las convicciones de su acompañante cristiano con nuevas mofas de la religión.

La verdad es que se cree por deducción tanto o más que por visión objetiva de las cosas. Por deducción sobre indicios y pruebas más o menos evidentes los jueces formulan sus veredictos acerca de cosas que no pudieron ver, por más que los hechos sean negados por los criminales, resultando ciertas sus conclusiones en la inmensa mayoría de los casos. Ningún juez necesita haber visto con sus propios ojos el crimen para dictar sentencia, cuando los indicios son claros y evidentes.

Es cierto que nadie ha visto a Dios, pero los indicios de que El existe son tan evidentes que los hombres verdaderamente pensadores no pueden menos que correr emocionados en pos de estas huellas hacia el Autor de tales maravillas, por muy oculto o lejano que parezca estar.

Pero Dios no está lejos de nosotros. La Sagrada Escritura nos dice: «Cercano está el Señor a los que le invocan de veras», y en otro lugar nos dice: «Los que me buscaren me hallarán».

¿No quiere usted, amigo radioyente, encontrar a Dios? ¿No quiere entrar en relación con este Ser misterioso pero admirable y benigno al cual debemos tantos favores en el orden de nuestra vida material? Aun cuando no existiese ninguna esperanza de vida después de la muerte, ni de cielo ni de infierno, el Creador ya mereceria ser buscado por los seres humanos que nos damos cuenta de las cosas, para expresarle nuestra admiración y reconocimiento por los bienes que nos concede en esta vida.

Pero es aún más necesario esta búsqueda de Dios, y ese contacto que nuestro espíritu pueda tener con El, al conocer que favores mucho más grandes que el privilegio de vivir y de gozar del aire, la luz, las flores, y los frutos de los campos, el Creador desea dar a nuestros espíritus cuando el cuerpo perezca. Al enterarnos por la revelación de Cristo, que El quiere concedernos una vida eterna y feliz a su lado por los siglos de los siglos.

El deber de agradar a Dios

El apóstol San Pablo declaraba: «No mirando nosotros a las cosas que se ven sino a las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales mas las que no se ven son eternas. Porque sabemos que si la casa terrestre de nuestra habitación se deshiciere (y ciertamente ha de deshacerse por admirable que sea) tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos eterna en los cielos. Así que vivimos confiados siempre y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo peregrinamos ausentes del Señor, del cual quisiéramos más bien estar presentes. Por tanto procuramos también o ausentes o presentes serle agradables» (1).

¿No ha pensado usted en esto más de una vez, amigo radioyente? En su deber de ser agradable al Supremo Padre, autor de su vida y de todas las cosas. ¿Procura serle agradable? ¿Es el objeto de su vida ser agradable a Dios? Si cada hombre se propusiera ser agradable a Dios, se haría agradable a sus prójimos y la vida sería muy grata para todos los seres humanos, pues todos nos consideraríamos como una familia, dependientes del Padre Celestial que ama a todos del mismo modo.

Por otra parte, si no somos agradables a Dios mientras vivimos aquí, no podemos esperar vivir con El en felicidad después de nuestra muerte. Por esto declara el apóstol San Pablo en este mismo lugar la necesidad de reconciliarnos con Dios, diciendo: «Somos embajadores en nombre de Cristo como si Dios rogase por medio nuestro.

(1) La Santa Biblia. 2.ª Epístola a los Corintios 5;9.

Os rogamos en nombre de Cristo reconciliaos con Dios» (1).

Esto es, querido radioyente, el asunto más importante de su vida y de la mía. Piénselo bien: Antes de 100 años, quizás antes de 50, de 10 ó de 5, este cuerpo que poseemos, será un puñado de polvo; pero usted y yo continuaremos existiendo, o bien en un estado de felicidad que aquí no hemos todavía disfrutado, o en una situación indeciblemente más penosa que aquella que nos ha cabido por suerte en este mundo. «Porque es menester que todos nosotros parezcamos ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo» (2).

(1) 2.ª Corintios 5;20.
(2) 2.ª Corintios 5;10.

CAPÍTULO IV

¿QUIEN ERA JESUCRISTO?

A muchos hombres no les es difícil persuadirse de la existencia de su Ser supremo, autor de la naturaleza. Hay demasiadas cosas inexplicables en el Universo cuando rehusamos aceptar la idea de un Creador inteligente. Pero resulta más difícil a algunos reconocer que este Ser se haya revelado a los hombres, y que Jesucristo sea esta revelación del Supremo Hacedor: el Hijo del Eterno, según lo define la Teología Cristiana.

Queremos tratar también este misterio en lenguaje muy simple, y ateniéndonos únicamente a hechos concretos, más que a consideraciones de carácter teológico o filosófico.

De cara a la historia

Según narraciones que datan del primero o segundo siglo, vivió entre los judíos de Palestina, en tiempos de Augusto y de Tiberio un persona-

je maravilloso que se llamó Jesús. La prueba de que los Evangelios fueron escritos en fecha muy cercana a la iniciación del Cristianismo se basa en que los hallamos citados en casi todos los escritos cristianos del II y III siglo, como documentos de autoridad religiosa cuya lectura se escuchaba con veneración en las asambleas Cristianas.

Los hechos referidos en estos documentos deben haber sido los mismos que corrían de boca en boca entre los cristianos que en aquellos tiempos derramaban su sangre en los anfiteatros romanos, confesando que Jesucristo era el Hijo de Dios; el Salvador de los hombres, y se negaban por tal motivo a dar culto a los dioses paganos.

¿Qué había sucedido en el pequeño país de Palestina para producirse tal fenómeno? Una leyenda sin realidad histórica no habría sido capaz de despertar un sentimiento tan vivo que llevara a los hombres a despreciar las cosas más reales como son la «hacienda y la vida».

De cara a la lógica

No cabe aquí parapetarse detrás del argumento del fanatismo religioso. Para que se manifieste el calor debe existir antes el fuego. Para que exista el fanatismo religioso debe haberse afirmado la causa que lo produce, o sea, la religión. El hombre será capaz de dejarse matar por cualquier fetichería que se le enseñe a venerar en

nombre y con la autoridad de una religión en la cual ya cree; una religión que habrá recibido en su infancia y tendrá para él todos los visos de realidad, por falsa que sea. Pero ninguna de estas circunstancias existían en el cristianismo primitivo, profesado por personas educadas en las religiones paganas, las cuales habían tenído que convencerse por sí mismas de la verdad del Cristianismo, para hacer de él su religión, en contra del común sentir y pensar de su siglo.

Los autores de los libros del Nuevo Testamento, que sirvieron de base al movimiento cristiano, eran hebreos, irreconciliables monoteístas, para quienes la sola idea de atribuir honores divinos a un ser humano constituía una ofensa que les horrorizaba; sin embargo, cuando se refieren a Jesucristo no titubean en unir su nombre al de Dios, otorgándole los honores y atributos que en el pensamiento hebreo habían sido siempre reservados al Eterno.

¿Inventaron los Apóstoles la doctrina de la divinidad de Cristo? ¡Imposible! No hay otro caso semejantes en la historia del pueblo hebreo. Ellos no habrían querido hacerse tan terriblemente culpables delante del fuerte y celoso Jehová, inventando tan espantosa blasfemia.

Además, ¿con qué motivo habían de hacerlo? ¿Qué ventajas podría producirles, sino la deshonra delante de sus propias autoridades religiosas, las más terribles persecuciones, y por fin la muerte? De no haber estado positivamen-

te convencidos de la realidad que afirmaban, es seguro que no habrían acometido una empresa que sólo podía acarrearles penalidades en esta vida y luego el más terrible juicio divino como blasfemos. Esta última consideración habría pesado mucho en un partidario fanático de la secta de los fariseos, creyentes en la inmortalidad del hombre, como era San Pablo.

Un personaje singular

Por otra parte, según los relatos evangélicos, Jesús dió toda clase de pruebas de ser sincero y honesto. No fué jactancioso ni extravagante en su modo de hablar. Si hubiera sido humano como nosotros, su propia naturaleza y educación hebrea, le habrían impedido incurrir en la blasfemia que suponía el aplicarse títulos divinos. Sin embargo fué todo lo contrario.

Jamás ningún maestro religioso, por grande que fuese, se ha atrevido a decir: Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar», Mateo 11;28. «De cierto de cierto os digo: Que el que oye mi palabra y cree al que me ha enviado tiene vida eterna y no vendrá a condenación mas pasó de muerte a vida», San Juan 5;24. «Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie viene al Padre sino por mí.» San Juan 14-6, y mucho menos aquella extraordinaria frase que ha inducido a millones de mártires de la fe cristiana a afrontar con gozo muertes horribles: «El que quisiere salvar su vida la perderá, mas el que perdiere su vida por causa de mí, para vida eterna la guardará». San Mateo 16;25.

El hombre que tales palabras hubiese pronunciado, haciéndose culpable de la muerte de tantas personas como han confiado en ésta y en otras similares promesas suyas, se haría objeto de la más grande execración si no hubiera sido verdaderamente el hijo de Dios venido al mundo; pero Cristo no titubeó en pronunciarlas y reiterarlas en diversas ocasiones, según afirman sus biógrafos y ello contrasta con la modestia y humildad que manifestó en todos los actos de su vida.

Por qué se llamó Jesús «Hijo del Hombre»

A algunos lectores del Nuevo Testamento les ha turbado esta idea: Si Cristo era un ser venido de la eternidad, el Verbo divino, o sea el Hijo de Dios ¿por qué se llamaba a Sí mismo «Hijo del hombre»? ¿No indica esto que se consideraba una persona semejante a cualquiera de nosotros?

Es muy cierto que Cristo se complacía en darse El mismo este título, sin embargo realizaba obras que le situaban muy por encima de los hombres y no rechazó la afirmación de San Pedro cuando a su pregunta ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?, respondió el intrépido apóstol:

—«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.»

No le dijo: «Cállate, Pedro, que esto es una blasfemia», como habría hecho cualquier otro rabí judío temeroso de Dios, antes bien le respondió:

—«Bienaventurado eres Simón hijo de Jonás porque no te lo reveló carne ni sangre sino mi Padre que está en los cielos.»

También declaró: «Toda potestad me es dada en los cielos y en la tierra» y afirmó que un día volvería a juzgar al mundo.

Las antedichas frases y muchas otras declaraciones semejantes, se encuentran en los tres primeros Evangelios, en los cuales algunos no quieren ver la doctrina de la divinidad de Cristo. Además de todo lo que nos cuenta al respecto el anciano apóstol San Juan, quien habiendo vivido muchos más años que los otros apóstoles tuvo la oportunidad de recordar y seleccionar algunas frases muy gloriosos que salieron de labios de su amado Maestro para mostrar a los filósofos de su tiempo que Cristo había sido y era ciertamente el Verbo de Dios, presentido por el gran filósofo Filón, o sea la manifestación externa del infinito Creador a quien nadie puede ver en el sentido total, pues tendría que ser más grande que Dios la criatura que hubiese de ver y conocer de tal forma a su Hacedor.

Jesús se complacía en llamarse el «Hijo del Hombre» porque fué el único que ha llegado a cumplir el ideal divino en cuanto a lo que debía

ser el hombre. Fué el hombre por excelencia. El único hombre verdaderamente hombre. Por esto era no «un» hijo del hombre sino «El» Hijo del Hombre, en singular.

Para entender el verdadero significado de esta expresión nos conviene saber que los judíos llamaban hijo a cualquier persona o cosa a la cual pudieran aplicarse de un modo completo las cualidades o atributos de la cosa designada. Por ejemplo: a Judas el traidor, prototipo de los hombres perdidos, se le llama: «hijo de perdición», a Bernabé el generoso, se le aplicó el sobrenombre de «hijo de consolación», a los pecadores los llama San Pablo «hijos de ira», y a los creyentes que andan en la luz de la verdad de Dios los denomina: «hijos de luz». Así no es extraño que nuestro Señor Jesucristo, acomodándose al lenguaje de su época, se denominara a Sí mismo: «Hijo del hombre», aun cuando se declara también, y acepta sin titubeos, el título de «Hijo de Dios», porque era Dios y hombre, la manifestación del Ser invisible, autor de todo lo creado, y por la misma razón era el único hombre perfecto.

Sus milagros

Los cuatro evangelistas biógrafos de Jesucristo, le atribuyen extraordinarias maravillas. Nos aseguran que dominaba los elementos de la Naturaleza, la enfermedad y la fuerte. A tal afirmación se oponen algunos alegando que los

Evangelios fueron escritos en una época de superstición; y también que se escribió mucha novela sobre la persona de Jesucristo desde que el cristianismo se hizo famoso en los primeros siglos y ¿Quién es capaz — dicen — de distinguir las narraciones novelescas de las auténticas?

Es cierto que se escribió novelescamente sobre la persona de Jesús de Nazaret; pero el mismo hecho de que toda novela sobre su persona tenga el signo de lo maravilloso, prueba que él era conocido y considerado como maravilloso desde el principio.

Sin embargo, no era escribiendo un relato fantaseado de la vida de Cristo, sino hablando ponderadamente de las credenciales del Cristianismo como religión que, Cuadrato, escritor de mediados del siglo II dice textualmente, según cita Eusebio de Cesárea: «Las obras de nuestro Salvador, fueron siempre visibles, porque fueron reales; de esta clase eran, tanto los que sanó como los que resucitó, los cuales fueron vistos no sólo cuando fueron sanados y resucitados, sino después de su partida, y bastante tiempo después de ella, tanto que algunos de ellos han llegado hasta nuestros tiempos» (1).

Su carácter

Que Cristo era un ser extraordinario se echa de ver, no solamente por los milagros que se le

(1) Eusebio. Historia Eclesiástica. Libro IV. Cap. 3.º.

atribuyen, sino por su mismo carácter. Es notable observar que en las narraciones más antiguas y por ende más auténticas que de él poseemos, o sea los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento, nunca hallamos que Jesús, dudara de algo, estuviera indeciso sobre cosa alguna, mostrara pesar o arrepentimiento sobre alguno de sus actos. Siempre habló y procedió con una seguridad absoluta. Sin embargo no se observan rasgos de orgullo en su carácter ni en su trato con las demás personas. Es el más manso y humilde de los hombres a la vez que el más lleno de autoridad y dignidad.

Si Cristo hubiese afirmado su divinidad, pero su modo de razonar humano, o su conducta defectuosa, hubiera dejado entrever lo contrario, no merecían mucho crédito sus afirmaciones; pero la armonía y grandeza de carácter del «hombre de Nazaret», nos permiten descubrir en él algo más que un mero hombre, hasta el punto de hacer exclamar al mismo escritor escéptico Renan: «¡Si no era el Hijo de Dios merecía serlo!». Esta confesión de un enemigo, es una valiosa premisa que corrobora nuestras creencias. Si por sus propios merecimientos debemos colocarle en el más alto pedestal de la raza humana ¿qué nos impide ya considerarle como algo superior al hombre? ¿Por qué empeñarnos en negar que El pudiera ser la revelación del Dios invisible? ¿Nos escandaliza la idea? Más bien debiera llenarnos de entusiasta gratitud.

¿Podemos soñar una manera más excelente de revelarse la Divinidad Invisible a las criaturas materiales y humanas?

Decía un naturalista famoso, acostumbrado a estudiar, con la paciencia que caracteriza a los sabios, las costumbres de ciertos insectos, que el único modo de hacerse comprender de tan débiles criaturas y de comprenderlas bien, consistiría en revestirse de su misma naturaleza y tratar con ellas en su propio ambiente. Esto no dejaba de ser una idea quimérica; pero engolfado en tales pensamientos, oyó las campanas de la iglesia de su pueblo celebrando la Navidad, y aquello fué como una revelación para el escéptico naturalista. Lo que era irrealizable para él como criatura, ¿lo sería también para el Creador Todopoderoso?

¡Dios manifestado en carne! Ciertamente es un misterio para nosotros; pero no una imposibilidad para el Ser supremo que ha dado vida y ordenado el Universo. ¿Por qué no aceptar que tan admirable propósito fué realizado en la incomparable y sin igual figura que se levanta en el curso de la historia, conocida con el nombre de Jesucristo?

CAPÍTULO V

¿SOMOS RESPONSABLES?

Dijimos en charlas anteriores que, el propósito del Creador de hacernos felices se observa en las obras de la Naturaleza, lo cual concuerda con lo que declaran las Sagradas Escrituras, al asegurarnos que este propósito no se limita a esta sola vida, sino que se extiende a ultratumba. Pero la Biblia afirma que, este plan divino halla un obstáculo en nuestra imperfección moral, o sea, lo que en términos teológicos se llama pecado.

¿Es esto así?

¿Qué es pecado?

Mucha gente se pregunta qué es el pecado, o sea ¿en dónde empieza y en dónde acaba el pecado? Hay muy diversos puntos de vista entre los hombres acerca de esto. Sin embargo, existe en el fondo de nuestras conciencias el sentir natural de que no somos perfectos. Nadie se siente capaz de cumplir aquel precepto de Cristo:

«Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma, de todas tus fuerzas y de todo tu entendimiento; y a tu prójimo como a ti mismo». Mateo 22.37.

Cualquier persona observadora, puede notar en su propio corazón y en la conducta de los demás, una dualidad de sentimientos. Una rivalidad latente entre el bien y el mal; entre el ángel y la bestia que parece haber en cada uno de nosotros. Pero como alguien ha dicho: «Ojalá que las tendencias humanas oscilaran solamente entre el ángel y la bestia y no

Entre angel y demonio

Esto significa que, por un lado, el hombre halla deleite en cosas elevadas y sublimes: el heroísmo, la virtud, la benevolencia; todos sentimos placer en hacer algún bien a nuestros prójimos; y por el otro lado nos hallamos inclinados al mal. No solamente a defectos o debilidades que pueden tener como base el sistema nervioso, como son: La sensualidad, y la excitabilidad nerviosa que puede dar lugar a defectos de carácter, sino que existen en el ser humano vicios y tendencias que radican en el mismo espíritu, y son tanto más peligrosas y denigrantes que aquellos que tienen su asiento en nuestra naturaleza física; la cual debe ser por demás controlada y dominada por el ser moral.

Estos defectos del espíritu son: el egoísmo,

la codicia, la envidia, el placer morboso que sentimos en criticar al prójimo, tanto más cuanto más elevado se encuentra, porque el hallar defectos en los santos nos justifica y nos releva, a nuestro parecer, del deber de serlo nosotros.

El desmesurado afán que hay en nosotros de ser ensalzados, de dominar, de ser bien considerados y alabados. La disimulada amargura que nos produce el que un prójimo nuestro posea algo que nosotros no tenemos, o sea alabado por aquello que nosotros creemos también poseer.

La tendencia insana y abominable de propalar el mal, de ponderarlo; este extraño agridulce moral que produce en lo íntimo de nuestro ser psíquico toda falta real o supuesta, de nuestros prójimos...

Estas observaciones de carácter psicológico confirman lo que la Sagrada Escritura nos revela acerca de nuestro superior origen así como de nuestra caída. Por un lado parece ciertamente hallarse plasmada en nuestros corazones «la imagen de Dios»; ya que todos hallamos seguro placer en lo elevado, lo puro y lo justo, No sólo nos encanta lo sublime del arte, porque el Supremo Hacedor es el gran artista de la Naturaleza y ha inculcado este sentir en nosotros, sino que en la esfera más elevada del espíritn nos deleita el bien, la benevolencia y la caridad. Sentimos una satisfacción íntima en todo aquello que alegra y beneficia a nuestros prójimos, ase-

mejándonos con ello a nuestro Hacedor, el Padre amoroso de todos.

Pero al lado de este elevado sentir se hallan en nosotros los instintos bestiales de nuestra naturaleza física y las tendencias al mal, que radican en el propio espíritu. Todos estos sentimientos ruines y bajos de nuestra naturaleza parecen ser la marca del mismo demonio en nuestra psiquis. La imagen del gran rebelde, del gran ambicioso, del calumniador y mentiroso, del orgulloso Satanás.

Todos responsables pecadores

Con harta frecuencia nos creemos irresponsables en cuanto a estos sentimientos, y muchas veces aun de las acciones culpables que de ellos se derivan, por que este — decimos — es el modo de ser general. «No soy peor que los demás», arguyen muchas personas. Es verdad, no somos grandes criminales, y aun nos gozamos en realizar obras benévolas con tal que no nos cuesten demasiado esfuerzo. Por esto, comparándonos con la gente que nos rodea, no nos sentimos peores que ellos, mas esto es debido a que ellos tampoco son lo que debieran ser. Cuando nos comparamos, no con la gente vulgar, sino con grandes filántropos y santos, tenemos que confesar: «Yo no podría llegar a tanto». Esto es una demostración de que no somos lo que deberíamos ser. Y cuando nos comparamos

con Jesucristo, el supremo modelo, no podemos menos que reconocer lo lejos que estamos de la perfección.

En que se basa nuestra responsabilidad

Aquí, alegarán algunos, que, si tal imperfección es una tendencia innata en nosotros, no somos responsables de nuestros actos.

En este argumento de basan algunas personas para tratar de justificar una vida deshonesta sin hacer caso de la ley divina, pero la verdad es que somos responsables, porque podemos decidir el «sí» o el «no» de nuestras acciones.

Una máquina no es responsable si alguna vez por accidente corta el brazo de un obrero, porque tal artefacto mecánico se mueve dentro de límites fijos y ordenados de antemano por el constructor; es decir, obra sin inteligencia ni voluntad, y por ende sin conciencia. Un animal que devora a otro no es responsable; porque tampoco tiene conciencia moral que le indique la maldad que comete, y lo que hace es impulsado por su instinto y para satisfacer la necesidad que tiene de alimentarse.

Pero usted y yo, amigo radioyente, si cometemos un mal, no un gran delito como el de matar a un hombre, sino la más pequeña acción que perjudique a nuestro prójimo; si calumniamos a una persona o le dañamos de cualquier ma-

nera, tenemos pronto una voz que nos avisa y nos dice que, no nos gustaría que otras personas procedieran con nosotros de la misma forma. Ahora bien ¿Quién es este yo que se levanta contra el otro yo en el fuero interno de nuestra conciencia condenándole, aun cuando la acción realizada sea favorable a nosotros mismos? ¿Es este sentir una simple impresión de nuestros nervios o de nuestro cerebro? ¿Cómo puede la materia condenar a la propia materia, si en nosotros no existiese nada más que carne, sangre, huesos y nervios? ¿Y cómo se produciría, sobre todo, ese sentimiento, si no existiese en el Universo ningún Ser moral superior a nosotros, sino que fuésemos mero producto de la casualidad?

Capítulo VI

¿EXISTE UN JUICIO TRAS LA MUERTE?

El hecho de que tengamos conciencia de pecado nos demuestra dos cosas: En primer lugar, que existe en nosotros algo más que materia y que, por lo tanto, no todo termina con la muerte, y en segundo lugar, que debe haber un Ser superior a nosotros que ha puesto la noción del bien y del mal en nuestra conciencia.

De ello se sigue una consecuencia lógica, y es: que si existe un Ser Supremo, inteligente y justo, es muy natural que se proponga juzgar a los hombres, sin dejar impunes tantos crímenes y atropellos de la ley moral que escapan a la justicia humana, o que las leyes humanas por su imperfección no condenan.

Dos premisas para el juicio

Para ser justo tal juicio tendría que efectuarse teniendo en cuenta dos factores:

(a) El volumen y carácter de los males cometidos.

(b) El conocimiento de la voluntad de Dios, o sea la educación moral y religiosa que hayan tenido los ejecutores de tales ofensas.

La Biblia nos declara que así será (1).

Aclarando una duda

Algunas personas dicen: Pero, ¿es posible que un Dios bondadoso haya de castigar a los seres humanos con una sanción terrible, y según algunos afirman de carácter eterno?

Que el Creador es un ser tan grande en inteligencia como en bondad, nos lo prueban las cosas buenas de las cuales, con previsión admirable, nos ha provisto en el orden de la Naturaleza.

Pero al par que bueno, tenemos también razones para creer que debe ser justo, y ello es lo que nos indica nuestra propia conciencia.

Las leyes de Dios son inflexibles

Por otra parte, observamos en la Naturaleza que las leyes de Dios son inflexibles; si faltamos, por ejemplo, a la ley de la gravedad poniendo la mayor parte del peso de nuestro cuerpo al exterior de un balcón, caeremos en el vacío produciéndonos graves daños, aun cuando nuestra intención y propósito no fuesen malos. Se trata de un solo descuido, pero nos hemos

(1) Véase San Leucas 12;47 y 48 y Romanos 1;5-9.

puesto en una situación que nos obliga a sufrir las consecuencias.

Si faltamos a las leyes de la higiene, los microbios se apoderarán de nosotros y contraeremos alguna grave enfermedad. Si las cumplimos tendremos muchas más probabilidades de mantenernos sanos.

Del mismo modo que hay leyes que regulan las funciones de la materia, existen leyes para los espíritus. ¿Será menos exigente Dios para con las leyes morales que lo es en cuanto a las leyes materiales? No lo creamos. La Sagrada Escritura nos dice que «La paga del pecado es muerte» y que «El alma que pecare esa morirá». En muchos lugares se nos asegura que la justicia divina castigará aun aquellos pecados que a nosotros nos parecen leves o sin importancia.

Excusas vanas

Porque ocurre, que, nadie quiere considerarse pecador o culpable. Todos piensan que Dios debiera castigar solamente a los que son peores que ellos. Un asesino que había apuñalado a su patrón, a la esposa de éste y a sus tres hijos menores de edad, se defendía ante el tribunal diciendo: «Yo soy la persona más buena del mundo, pues soy incapaz de hacer daño a nadie si no me ha ofendido; pero este hombre me había ofendido y por esto le maté a

él y a su familia». Su conciencia moral estaba tan endurecida que no se daba cuenta de la desproporción que había entre la ofensa del patrón, que solamente le había reprendido por su trabajo, y el horrible crimen de quitar la vida a cinco seres humanos, entre ellos tres menores de edad totalmente inocentes.

Hay varios grados de endurecimiento de la conciencia. Es seguro que no la tenemos abyecta como este criminal, pero tampoco tan sensible como los santos y los ángeles. Por esto la Palabra de Dios nos dice: «Si nuestro corazón no nos reprende mayor es Dios que nuestro corazón y conoce todas las cosas». 1.ª Juan 3:20.

No podemos fiar en nuestra propia conciencia, porque no somos nosotros los que tenemos que juzgarnos a nosotros mismos, sino un juez infinitamente más justo y severo, el cual conoce todas las cosas, y si nos encuentra inaptos para vivir en las mansiones de santidad y felicidad perfecta que la Sagrada Escritura llama el Cielo, o el Reino de los Cielos, tendrá que recluir nuestros espíritus, de una manera misteriosa que a nosotros no nos es dable ahora explicar, a otra morada que la misma Escritura describe con vivos colores como lugar de condenación.

Tremendas figuras

Jesucristo se vale para ello de figuras que podemos comprender al llamarlo: La gehenna

donde el «gusano no muere, y el fuego nunca se apaga» (refiriéndose a un estercolero en las afueras de Jerusalén donde abundaba la corrupción, la cual se eliminaba con fuego) y en otros lugares lo llama: «Las tinieblas de afuera, donde será el lloro y el crujir de dientes».

No se trata pues de la amenaza de un sacerdote católico o de afirmaciones imaginativas de algún pastor protestante; sino que es Cristo mismo quien declara que se verá obligado un día a rechazar de su presencia a muchos seres humanos, incluyendo a algunos que pretendieron ser sus discípulos, a los cuales tendrá que decir: «Apartaos de mí, que no os conozco», y que los tales recibirán una condenación de acuerdo con su culpabilidad justamente establecida.

Hay muchas opiniones acerca de este grave peligro del cual Cristo nos advirte, y no queremos presentarlo de alguna manera que contradiga la noción de justicia que todos reconocemos debe poseer el Creador en grado superlativo. Creemos, ciertamente, que se ha abusado de este tópico, de modo que tratando de entrar en detalles que no se encuentran en el Evangelio, se ha ido más allá de lo justo, y procurando extremar la idea de peligro se ha llevado a muchas personas a creer que no existe peligro alguno. A ello ha contribuído poderosamente la distinción hecha entre las ideas de purgatorio e infierno, y el pingüe comercio establecido sobre la posibilidad de acortar la

estancia en el primero o evitar el segundo. Tal doctrina no se halla en el Evangelio, antes está en flagrante contradicción con las palabras de Jesucristo «De gracia recibistéis, dad de gracia» y la afirmación rotunda del apóstol San Pedro: «Tu dinero perezca contigo si crees que el don de Dios se obtiene por dinero, no tienes tu parte ni suerte en este asunto porque tu corazón no es recto delante de Dios». Hechos de los Apóstoles 8: 20-21.

Una necesidad moral del Universo

Pero no por negarnos a aceptar las exageraciones y abusos sobre este punto tan importante, debemos caer ligeramente en la tentación de afirmar que no va a haber juicio ni retribución alguna por el pecado más allá de la muerte, cuando descubrimos muchas veces en esta misma vida tal retribución de parte de la Providencia.

Pero otras veces, no llega el castigo a los malvados en esta misma vida. Por esto, aun nuestra escasa medida de justicia y de conciencia reclama una sanción más allá de la tumba.

En cuanto a nosotros mismos, aun cuando no seamos grandes criminales, sería terrible descubrir al fin que nos hemos equivocado en cuanto a la medida de justicia que atribuímos al Ser Supremo, y que somos más responsables de lo que nos parece ante aquella perfección absoluta, que, en términos teológicos, llamamos santidad.

Este descubrimiento tenemos que hacer todos, en el plazo brevísimo de unos pocos años. No es pues cosa de aplazar o mirar con indiferencia tan importante asunto.

Aun cuando no comprendamos exactamente lo que Cristo quiso indicarnos al hablar del infierno, la necesidad de aislar a los seres imperfectos y rebeldes de aquellos otros que cumplen fielmente la voluntad de Dios, es una exigencia moral, que se hace evidente a nuestra misma razón; lo contrario produciría un caos que el Creador no puede consentir. Si un padre de familia numerosa viera a uno de sus hijos caer enfermo de un mal contagioso, tendría que aislarlo, por mucho que le amase. El amor a todos sus hijos le obligaría a mostrar severidad con el paciente. Este es el caso de la enfermedad moral que se llama pecado en relación con los seres morales que pueblan el Universo.

Por consiguiente, o bien tenemos que convertirnos en seres aptos para un Reino de santidad, o tenemos que conformarnos con vivir alejados de Dios y del conjunto del universo que cumple su voluntad. En otras palabras: O procuramos ser librados de nuestros pecados o hemos de aceptar las consecuencias inevitables de los mismos, sea cuales fueren.

¿Cuál será nuestro propósito y decisión?

CAPÍTULO VII

POR QUE TENIA JESUS QUE MORIR COMO REDENTOR

Es evidente que Jesucristo fué un personaje misterioso y único en la historia humana, y que nosotros no somos perfectos, pero dicen algunas personas: «¿Por qué tenía Jesús que morir por nuestros pecados? o ¿qué tienen que ver mis actos del presente con la muerte de un justo que vivió hace 1900 años?».

Si Jesucristo hubiese sido solamente un hombre bueno, un maestro ejemplar, su muerte vendría a ser, ciertamente, la de uno de tantos mártires de la injusticia humana; pero es muy diferente el caso si era el santo de Dios, el Verbo eterno que misteriosamente existía con Dios desde la eternidad y que se hizo hombre para enseñar y redimir a los hombres. Ya hemos visto que El declaró serlo, y sus hechos prodigiosos al par que su carácter y enseñanzas refuerzan tal afirmación.

Una idea universal

La idea de que el pecado de los hombres requiere un sacrificio expiatorio, se halla arraigada en la conciencia de la humanidad. Desde la edad prehistórica, los hombres han venido ofreciendo víctimas expiatorias para remisión de las faltas de que se creían culpables. ¿Era ésta una idea supersticiosa de nuestros antepasados o corresponde a una necesidad en el orden moral del Universo?

Necesidad de la Redención

Algunas personas dicen: Si el Supremo Legislador se proponía ser benigno con los pecadores de nuestra raza, bien podía perdonar a quien quisiera sin exigir expiación alguna. ¿Por qué ha de intervenir en la reconciliación del hombre con su Hacedor el acto desagradable del sacrificio de un inocente en lugar del culpable? La razón es muy sencilla. Las leyes de Dios son inquebrantables tanto en el orden moral como en el material. Si Dios concediese el perdón al pecador, sin exigir más requisitos que el solicitar dicha absolución, el pecado se convertiría en un hecho trivial; nadie temería sus consecuencias y el gobierno moral del universo sería imposible.

Conceder un indulto amplio a criminales sin vindicar la Ley ni mostrar lo justo e inflexible

de sus exigencias, y sin hacer nada para cambiar la actitud de los ofensores, sería un grave error de táctica en cualquier gobernante humano. ¡Cuánto más en el divino Legislador del Universo!

Se cuenta el caso de cierto Juez que tenía que juzgar a un amigo de su infancia, y por razones sentimentales de amistad, estaba muy inclinado a perdonarle, pero como Juez la ley le obligaba; no podía hacer diferencia entre un acusado y otro sin ser reprochado de parcialidad. ¿Qué hizo? condenó a su amigo a pagar la multa ordenada por la ley, aun cuando sabía que era pobre y no pudiendo satisfacerla tendría que ingresar en la cárcel; pero antes de abandonar la sala el mismo Juez había pagado con su propio dinero la sanción impuesta a su amigo. De este modo, la ley quedaba cumplida, nadie podía acusarle de parcialidad e injusticia, pero su amigo podía ser libre.

Hay un adagio que dice: «Lo que nada cuesta nada se aprecia». Si el sacarle del apuro no hubiese costado nada al Juez, el reo habría pensado: «Como tengo tan buen amigo en el juzgado, puedo volver a faltar ahora y cuando me plazca, pues nada me ocurrirá; pero al recordar el sacrificio de su amigo pagando una fuerte multa, se sentía impulsado a decirse: «No; no voy a perjudicarle otra vez, y se abstenía de caer bajo la sanción de la ley».

Esto se propuso Dios al enviar a Su Hijo al mundo.

El sacrificio engendra amor

Para que exista amor, debe haber sacrificio. Esta es la norma general en el verdadero amor, que no es el de la voluptuosidad, sino el del corazón y del espíritu.

Imaginémonos el caso de un enemigo público culpable de actos hostiles y reprochables en contra de la realeza legítima de cierto país, el cual es perdonado por un simple acto de benignidad del monarca de aquella nación. Ciertamente el culpable tendría motivos para sentirse agradecido, pero el mismo hecho de que tal misericordia no hubiera costado más que un simple acto de voluntad ,limitaría bastante la correspondiente gratitud y afecto del beneficiado para con su benefactor.

Pero supongamos que en lugar de realizarse su liberación por un simple acto de benevolencia real, el propio príncipe del país hubiera venido disfrazado desde la capital al lugar de la prisión del culpable, sufriendo grandes penalidades en el camino; supongamos que hubiera sido apresado por su propio pueblo, y sin creer en sus manifestaciones de realeza, mas burlándose de ellas, hubiese sido puesto en el tormento; pero que el generoso príncipe lograra al fin con tales sacrificios, no tan solamente poner en libertad

a su enemigo, sino restablecerle en el favor real de la corte...

¿No es verdad que tan extraordinaria acción de un príncipe enemigo habría de transformar totalmente los sentimientos del sentenciado y convertirle en el más entusiasta admirador y partidario de su abnegado salvador?

Esto es lo que Jesucristo ha hecho, y también ha logrado, de millones de seres humanos, en virtud de su encarnación y de su muerte. El apóstol Pablo, antes un enemigo de Cristo, exclama: «Apenas muere alguno por un justo con todo podrá ser que alguno osara morir por el bueno, mas Dios encarece su amor para con nosotros porquie siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros», carta a los Romanos 5:7-8 y el apóstol San Juan declara: «Nosotros le amamos a El, porque El nos amó primero», 1.° Juan 4:10. Por esta causa puede decirse aún hoy día, que sólo es verdadero cristiano aquel hombre o mujer que se siente impulsado a declarar que de un modo irresistible Jesucristo le ha ganado el corazón.

¿Es éste su caso, amigo radioyente? ¿es usted cristiano de este modo, o solamente por tradición familiar? No se engañe a este respeto, pues es de vital importancia. Si sólo ha sido cristiano de nombre hasta ahora, sin convicción profunda de su fe, ni el debido conocimiento de Cristo como su Salvador personal, es el objeto de estas pláticas llevarle a adoptar otra actitud total-

mente diferente para con su Dios y Salvador. Una actitud, de amor, reconocimiento, afecto sincero y profundo, por lo que El ha hecho por usted y por todos los hombres. ¿Por qué no ha de ser así? Usted no es una persona ingrata, no quiere serlo para con sus semejantes; ¿por qué ha de serlo para con el Salvador que murió por usted y anhela su salvación? Piénselo seriamente, y decídase a cambiar su actitud con respecto a Jesucristo. Pida a Dios que le ayude a comprenderlo y a hacerlo así, ya que es tan sólo por medio de ese cambio que usted será hecho digno de poseer la vida eterna.

CAPÍTULO VIII

VALORANDO LA OBRA DE CRISTO

Arguyen algunas personas: ¿Cómo podían ser suficientes los sufrimientos de un solo justo, en unas pocas horas, para pagar las culpas y delitos de millones de seres humanos, incluyendo los más horrendos crímenes?

Los que hacen tales preguntas tienen un concepto equivocado de los sentimientos divinos y del verdadero significado del sacrificio de Cristo.

La obra de Cristo no tenía por objeto aplacar a un Dios colérico e indignado contra el pecado de los hombres, por medio de una cantidad de sufrimiento. Su sacrificio no era cuantitativo sino cualitativo.. No se trataba de producir una cantidad determinada de sufrimiento sino de demostrar la grandeza de un amor, y de vindicar la ley divina ante el Universo.

La encarnación, primer sacrificio

Podemos decir que la cruz del Calvario no fué sino la culminación, el coronamiento, del

sacrificio que el Verbo de Dios llevara a cabo con su encarnación. Es ininmaginable para nosotros hacernos cargos de la condescendencia que significó de parte de aquel Ser que existía con Dios desde la eternidad el asumir nuestra naturaleza, aceptar temporalmente nuestras limitaciones, e identificarse con una humanidad de seres caídos, para que pudieran ser levantados por su gracia, los que a ella se acojan, uniéndose a este pueblo de tan humilde origen, no sólo durante un breve período de tiempo, sino por toda la eternidad (1).

Para realizar propósito tan admirable, mostrando la justicia de Dios, al par que su misericordia, quiso sujetarse, no tan sólo a las limitaciones de la naturaleza humana, sino a la muerte más cruel que se daba a los malhechores durante el período de su estancia física sobre la tierra: la muerte de cruz.

El sacrificio de su encarnación no habría bastado para hacer patente al mundo y también al universo entero la gravedad del pecado, ni para despertar en los corazones humanos los afectos de amor y gratitud indispensables, y aquella disposición dócil que el Espíritu Santo requiere para realizar en los hombres el maravilloso fenómeno de la conversión (el cual será objeto de una próxima charla). Por esto

(1) Véase: Filipenses 2; 5-11 y Efesios 1.

quiso Jesucristo apurar las heces del dolor, con una muerte espectacular y cruenta.

Lo voluntario de este sacrificio, al par que la grandeza de quien lo realizó, lo ennoblece haciéndole digno de nuestra más profunda admiración y adoración.

Permítasenos dar un ejemplo como contraste:

La historia de un mártir

En días de persecución, cierto mártir, al ser llevado a la hoguera elevó una oración expresando el gozo que sentía por el privilegio de sellar el testimonio de su fe con su propia vida.

—Te doy gracias, Señor — decía el mártir—, porque hoy es el día de mi victoria; hoy mismo te veré y estaré contigo por los siglos.

El verdugo, conmovido, y atento a las palabras del noble testigo de Cristo dejó bastante flojas las cadenas que ataban a éste al poste de la ejecución. Entonces el mártir bajando la cabeza exclamó:

—Sin embargo, amigo mío, sujeta bien las cadenas.

¿Por qué hizo tal advertencia el noble mártir? Porque aun cuando el espíritu estaba presto sabía que la carne era débil, y temía que cuando el fuego le produjese intenso dolor, no pudiendo aguantarlo, el instinto de conservación le hiciera saltar de las llamás y quizá realizara en tal hora de prueba lo que tantas veces había re-

husado: apostatar de su fe cristiana evangélica para obtener por medio de una abjuración el perdón y la vida de parte de sus perseguidores.

¿Qué ataba a Cristo a la Cruz?

¿Pero qué cadenas ataban a Jesucristo cuando murió en la cruz por nosotros? Cuando los siervos de Caifás fueron a prenderle en el huerto de Getsemaní, tres veces cayeron en tierra, con lo cual Cristo dió una prueba de su poder sobrenatural; sin embargo, se dejó prender mansamente y no se resistió cuando le azotaron y le pusieron la corona de espinas ni cuando clavaron sus manos y sus pies.

—Baja de la cruz y demuestra tu poder — le decían burlonamente sus enemigos.

—Baja de la cruz y sálvanos también a nosotros, si eres el hijo de Dios — clamaban sus compañeros de suplicio.

—Baja de la cruz le aconsejaba — podemos creer — y aun exigía su naturaleza humana ante un dolor que parecía irresistible. Pero, según nos refieren los testigos de su muerte, El rehusó todo lenitivo, y sobrellevó los sufrimientos materiales y morales hasta dar su vida, porque sabía que ello era indispensable para la redención de millones de criaturas humanas.

Podemos decir pues que, lo que sujetaba a Cristo a la cruz del calvario, no eran ni clavos ni cadenas materiales, que nada significaban

para su omnipotencia, sino las cadenas de su profundo amor a cada uno de nosotros, pecadores necesitados.

Podemos imaginarnos a Cristo como oyendo en su sapiciencia las voces de millones de necesitados pecadores decirle: Sufre por nosotros, sublime Hijo de Dios, cumple la Redención, y te amaremos y te glorificaremos, te serviremos y seremos fieles testigos de tu amor en nuestra vida terrestre y por los siglos eternos. En efecto:

Frutos del calvario

¿Cuáles han sido las consecuencias de esta obra expiatoria?

La reacción que el sublime sacrificio del hijo de Dios ha de producir y produce en los corazones humanos, se halla, admirablemente expresada, en las grandes palabras del apóstol Pablo: «El amor de Cristo nos constriñe pensando esto: que si uno murió por todos luego todos son muertos, y por todos murió para que los que viven ya no vivan para sí, mas para Aquel que murió y resucitó por ellos», 2.° Corintios 5; 14 y 15.

Y refiriéndose a su propia experiencia declara: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo no ya yo, mas Cristo vive en mí, y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí».

He aquí el objeto y la eficacia del sacrificio de Cristo. El reconocimiento de que el Hijo de Dios murió por nosotros, y el sentimiento de que El es nuestro propio Salvador, produce un cambio absoluto de actitud y de sentimientos en nuestros corazones hacia Dios.

Desde que tal reconocimiento tiene lugar, ya Dios no es solamente el supremo Creador a quien debemos gratitud por los favores de la existencia, juntamente con todas las criaturas del Universo.

Desde este momento es Dios nuestro propio padre que nos ama de un modo profundo y personal, con un amor del cual, nuestro propio amor paterno y materno, es sólo un débil ejemplo.

Es el Juez inflexible, pero sumamente benigno, que ha pagado la deuda de nuestras faltas y pecados.

Es el Dios justo y salvador de la profecía.

El sacrificio del Verbo de Dios humanado, transforma todos nuestros pensamientos con respecto al Supremo Hacedor. Lo acerca a nosotros. Nos hace entrar en una nueva vida de relación filial, amante, agradecida y gozosa, con Aquel que por su grandeza parecía tan lejos de nuestros espíritus.

Por su encarnación y por su sacrificio expiatorio, el Verbo de Dios se convierte en el Salvador amante que ha conquistado nuestras almas,

como él mismo declaró: «Yo si fuere levantado de la tierra a todos atraeré a mí mismo».

La razón de su admirable sacrificio la advertimos oyéndole decir: «Padre, aquellos que me has dado quiero que donde yo estoy ellos estén también conmigo, para que vean mi gloria que me has dado». (Evangelio de San Juan 17: 24.)

El plan mejor

¿Podíamos esperar nada mejor del Autor de nuestros espíritus que ha impreso en ellos las ansias de inmortalidad y de felicidad que todos tenemos?

Ciertamente, el Evangelio responde tanto a las exigencias de la ley divina como a las necesidades de nuestra conciencia. Lo que el Supremo Hacedor nos ha dado con la venida de Cristo, y lo que nos ha hecho sentir en virtud de su muerte redentora, era precisamente lo que necesitábamos tener y sentir. Como en los dominios de la naturaleza, así en los del espíritu, entendemos y comprendemos que lo que Dios ha hecho es lo mejor que pudiera hacerse para lograr los resultados que se ha propuesto en favor de sus criaturas.

Capítulo IX

¿RESUCITO JESUCRISTO?

Parece bastante lógico que, para vindicar la justicia y retrotraer a los hombres al amor y lealtad que caracteriza a los seres que pueblan el Reino de los Cielos, según nos enseña el Padrenuestro (1) la Encarnación y sacrificio del Verbo de Dios en favor nuestro eran el medio más adecuado. Nada más grande ni más digno de un Dios que empieza mostrando en la Naturaleza sus solícitos cuidados para el bienestar de sus criaturas, revelándonos ya por ella, no tan sólo su sabiduría, sino también su amor.

Este sublime plan parece haberse cumplido en aquella persona singular y extraordinaria que vivió en los días de Tiberio y de Augusto y fué crucificada por el conocido Procónsul Poncio Pilato.

Sin embargo, un hecho tan extraordinario no deja de confundirnos, cuando pensamos en la grandeza del Creador y en nuestra pequeñez.

---

(1) «Venga tu Reino. Sea hecha tu voluntad en la tierra como en los cielos».

Importancia de la cuestión

Por todo lo que significa la religión en nuestras vidas, y por la imponderable esperanza que alienta en nosotros la doctrina de Jesucristo, nos conviene en gran manera asegurarnos de su realidad. ¿Existe pues algunas prueba objetiva que garantice nuestra fe? ¿Cómo podemos convencernos de que Cristo era algo más que un hombre bueno que, como muchos mártires de diversas causas, fué eliminado por sus contemporáneos envidiosos de su virtud?

Existe en el caso de Cristo un argumento y una prueba que no se da en ningún otro de los mártires de la perfidia humana: Su resurrección.

Se ha dicho con razón que sin tal acontecimiento la influencia del humilde carpintero de Nazaret hubiera desaparecido en poco tiempo. Aun aceptando sus facultades extraordinarias y la realidad de algunos hechos prodigiosos, habrían sido éstos pronto olvidados, siendo atribuído en el mejor caso a artes de magia, por sus fanáticos contemporáneos, para evitar la obligación de creer en sus doctrinas, tan contrarias a sus prejuicios y educación hebrea, si no hubiera acaecido aquel hecho tan extraordinario e innegable que llegó a iluminar toda su vida anterior y a demostrar con claridad meridiana que, «aquel que anduvo haciendo bienes» en la Palestina de los Herodes, era más que un mártir o un profeta. Que Jesús de Nazaret era el Mesías prometido, el santo de Dios; por más que el modo de su aparición, así como su proceder y enseñanzas, fueran tan contrarios a lo que del Mesías esperaban sus compatriotas de aquel tiempo y de todos los tiempos.

No pudo ser un mito

Este hecho que hizo, y aún hace tropezar a tantos judíos, se convierte para todos los hombres, realmente pensadores, en una gran base de prueba con respecto a la divinidad de Cristo. La fama que adquirió Jesucristo y la extensión del Cristianismo no pueden atribuirse al entusiasmo judío, como hubiese sido el caso en otros falsos Mesías que procedieron de acuerdo con las ambiciones patrióticas de su pueblo. Sería más explicable la resurrección como mito, si hubiese sido atribuída a un héroe nacional, a un Judas Macabeo o a un Juan Hircano; pero resulta del todo inverosímil que surgiera y fuera aceptado en el caso de un maestro que anduvo tres años reprendiendo a sus contemporáneos y dejó una estela de desencanto en sus propios seguidores.

Por esto se ha dicho que, es más difícil explicar la fundación y el éxito del Cristianismo sin la resurrección de Cristo que, aceptando este hecho como su base y motivo.

Es de notar que el anuncio de la resurrección

de Cristo fué el tema principal de toda la predicación en los tiempos apostólicos. En ninguno de los sermones pronunciados por los apóstoles se deja de mencionar la resurrección del Señor. Sus corazones y sus labios vibraban del entusiasmo que les había causado el glorioso suceso. El narrador de los Hechos de los Apóstoles afirma: «Los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesús con grande esfuerzo y gran gracia era en todos ellos». Hechos 4;33 y 17;18.

Refiriendo el incidente que dió lugar a que Pablo fuera llamado por los sabios del Areópago de Atenas para dar un discurso en aquel centro docente, explica el mismo cronista que algunos curiosos, al oírle discursear en la plaza pública, exclamaban: «¿Qué quiere decir este palabrero?» «Parece que es predicador de nuevos dioses», responden otros circunstantes, y añade el autor del libro: «Porque les predicaba a Jesús y la resurrección».

Doctrina indiscutida

Es digno de notarse que la resurrección de Jesucristo fué doctrina indiscutida desde los mismos orígenes del Cristianismo.

Otras doctrinas que, escapaban a la experiencia objetiva de los fundadores, fueron objeto de viva discusión entre los primeros cristianos. En qué sentido fué Jesucristo Hijo de Dios, si engendrado o eterno, consubstancial o no consubs-

tancial al Padre, si tenía una o dos naturalezas; éstas y otras discusiones ocuparon con exceso su atención y dieron lugar a diversas sectas en los primeros siglos, pero nadie se atrevió a discutir el hecho histórico de la resurrección de Cristo; ni siquiera aquellos que en días apostólicos ponían en duda otro hecho más difícil de aceptar o de probar: la resurrección general, y fueron confrontados por el apóstol con el hecho notorio de la resurrección de Jesucristo. No necesitó San Pablo argumentar acerca de este hecho, como tiene que hacerlo con respecto a la resurrección final de todos los muertos presentando el ejemplo de la semilla. En el caso de la resurrección de Cristo le basta con citar los testigos: «Jacobo Pedro... los doce... quinientos hermanos juntos, de los cuales muchos viven y otros son muertos...» Sobre la base de este hecho notorio y reconocido aun por su adversarios, declara que: el mismo Poder que levantó a Cristo de los muertos podrá hacer un día una cosa más difícil: La resurrección universal.

Una señal permanente hasta nuestros días

La institución del domingo como «día del Señor», fielmente observado desde el primer siglo, demuestra la importancia que daban los primitivos cristianos al glorioso suceso ocurrido el primer día de la semana.

Justino Mártir, en su primera *Apología*, pre-

sentada al Emperador Antonio Pío en época tan remota como el año 138 dice: «En el día del sol, nos juntamos los cristianos para celebrar nuestro culto, tanto en las ciudades como en las campiñas, porque es el primer día de la semana y Jesús nuestro Señor en el mismo día se levantó de entre los muertos».

Clemente de Alejandría, en el año 220 dice: «El cristiano celebra el domingo cuando se aparta de todo mal pensamiento, glorificando asimismo la resurrección del Señor».

En las *Constituciones Apostólicas,* del año 250 leemos: «En el día de la resurrección del Señor que es el domingo, nos reunimos más diligentemente para dirigir alabanzas a Dios, quien hizo el Universo por Jesús y le envió a nosotros», y en otro párrafo aconseja: «En el día de la resurrección, que es el domingo, juntaos sin falta dando gracias a Dios» .

Si ellos estaban tan seguros del glorioso hecho de la resurrección de Cristo que, no sólo lo conmemoraban y celebraban todas las semanas, sino que estaban dispuestos a dar sus vidas afirmándolo, ¿por qué no hemos de estarlo nosotros en virtud de su testimonio?

Ni engaño ni ilusión

Aquí arguye el excéptico, empeñado en no creer el prodigio.

—Pero... ¿no podía ser la supuesta resurrec-

ción una ilusión o alucinación de los discípulos de Cristo?

—¡No! El modo en que refieren el hecho, descarta toda idea de alucinación. Los apóstoles no hablan de las apariciones de Cristo como de una visión fugaz, sino que refieren detalles concretos de lo que les dijo; que les intimó a cerciorarse de su presencia corporal; que comió con ellos...

Observamos también, que la resurrección no era motivo de deseo o esperanza por parte de los discípulos del Señor, antes al contrario; las primeras mujeres que fueron al sepulcro y volvieron con la noticia de su resurrección, no iban a ver si había resucitado, sino que hablaban preocupadas de quién les ayudaría a remover la grande piedra para embalsamar su cuerpo muerto. Aún menos que ellas podían ser objeto de alucinación el incrédulo Tomás y el observador Juan, quien se fijó en detalles triviales que apenas vienen al caso, pero que para los buenos psicólogos y para algunos técnicos en el arte de descubrir la verdad como son los magistrados y jueces, constituyen una prueba irrefutable de la ingenuidad y veracidad de la narración (1).

---

(1) Véase en el evangelio de S. Juan 20;7: «*Y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte*». ¿Qué importancia tiene este detalle? Sería ocioso en un relato que no fuera

¿Qué se hizo del cuerpo

Por otra parte, el Cristianismo nació en medio de una gran oposición de parte de aquellos que habían crucificado a Cristo. Si se tratara de un infundio, ¿por qué no lo refutaron presentando el cuerpo del crucificado a las engañadas multitudes?

Más eficaz que detener a los apóstoles y soltarles al día siguiente después de azotados, con la conminación: «Que no habléis a hombre alguno en este nombre», Hechos 4;18, para tenerles a las pocas horas en los atrios del templo desobedeciendo esta orden, era exponer el cuerpo de Cristo, en aquellos mismos atrios, bien custodiado por una guardia. ¿Por qué no lo hicieron?

¿Es que los apóstoles habían hurtado el cuerpo para dar lugar al fraude piadoso de proclamar su resurrección?

Menos verosímil aún. La conducta del Sanhedrin y la de los propios apóstoles descarta totalmente tal suposición.

De no tener alguna prueba de que algo extraordinario había ocurrido en el huerto de Arimetea, las autoridades judías habrían procedido de un modo muy diferente con los apóstoles. Hay que ser blando con el enemigo cuando se teme que éste tenga razón, pues removiendo el asunto puede descubrirse la verdad comprometedora. Los calumniadores nunca quieren aclarar aquellas cosas que están dispuestos a poner en claro los calumniados. Los miembros del Sanhedrin no podían exhibir el cuerpo de Cristo porque no se hallaba en su poder, pero tampoco les interesaba mantener detenidos a los apóstoles y procesarles como asaltantes de una tumba custodiada por una guardia romana, porque ante el temor de un castigo, por incumplimiento de su deber no relataran los soldados cómo ocurrió la cosa, corraborando así ante la opinión pública el testimonio de los apóstoles, de que, un fenómeno sobrenatural había tenido lugar.

Por otro lado, ¿cómo habrían podido empeñarse los discípulos en afirmar un fraude que sólo habría de ocasionarles persecución y aun la misma muerte, y en la otra vida el más terrible juicio del celoso Jehová, en cuya religión habían sido educados y creían, por la blasfemia de decir que uno, al cual sabían que estaba muerto, había resucitado porque era Hijo de Dios y Mesías. Es del todo punto inverosímil suponerlo.

¿Por qué no creyeron todos los enemigos?

Pues si los sacerdotes y miembros del Sanhe-

---

de un testigo ocular. Pero Juan así lo vió, se le grabó en la mente, y así lo refiere.

O en Lucas 24;42: «*Entonces ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel*». ¿Por qué una parte y no un pez entero? Por la misma razón. Es un detalle que llamó la atención del testigo ocular que lo relató.

drin judío no podían negar que Cristo había resucitado, ¿por qué no aceptaron todos el Cristianismo?

Muchos lo hicieron, pues en Hechos de los Apóstoles se nos dice: «Y un gran número de sacerdotes obedecía a la Fe», Hechos 6-7. El famoso Gamaliel se hallaba indeciso ante el caso, diciendo: «No seamos hallados tal vez resistiendo a Dios». Y el famoso rabí Saulo de Tarso, conocido más tarde con el nombre de San Pablo, tuvo que rendirse ante la evidencia de su aparición. La conversión de este gran enemigo de la fe cristiana, que tanto perdió y tanto sufrió por la causa que antes aborrecía, es por sí solo la mejor prueba en favor de la resurrección de Cristo y de la autenticidad de sus enseñanzas.

Pero aun aceptando como real la resurrección de Cristo, es de comprender que no todos los enemigos fueran ganados a su causa. Hay que reconocer por un lado lo que significaba vencer todos los miramientos sociales y los prejuicios religiosos en que habían sido educados. «A Moisés habló Dios, pero éste no sabemos de donde sea», Juan 9;29, exclaman en días de Cristo, y es de comprender que el mismo razonamiento fuera aplicado cuando los discípulos empezaron a proclamar la resurrección del Señor.

Limitaciones de la magia

Por otro lado, un milagro no significaba en aquellos tiempos lo mismo que hoy. Todo era explicable en siglos pasados atribuyéndolo a magia diabólica. A los fanáticos y supersticiosos sacerdotes de Judea les era mucho más fácil argüir que Cristo era un mago y que su cuerpo había desaparecido del sepulcro en virtud de algún sortilegio aprendido en Egipto que reconocer que era el Hijo de Dios, y en su consecuencia, romper con todas las tradiciones de su Patria y los lazos de su religión. Pero para los cristianos del siglo XX que, conocemos bastante mejor las leyes de la materia y las limitaciones de la magia, la actitud de los príncipes judíos, y sobre todo de los apóstoles y discípulos los cuales sacrificaron todo por afirmar un hecho que estaba tan en su mano comprobar; y su tenacidad a toda prueba, nos son una fuerte garantía de que Cristo era el Redendor prometido, que puso su vida en expiación por el pecado y resucitó de entre los muertos, tal como estaba anunciado por aquellos extraordinarios profetas judíos que muchos siglos antes preanunciaron los sufrimientos del Mesías (1).

---

(1) Véase lo que dice el profeta Isaías en el Capítulo 52, vers. 14 y 15: «Cómo se pasmaron de Ti muchos, en tanta manera fué desfigurado de los hombres su parecer y su hermosura más que la de los hijos de los hombres...».

Y en el cap. 53:4-5: «Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto: y

Nadie es tan insensato que esté dispuesto a padecer a sabiendas por un engaño. Muchos han sufrido y aun han sacrificado sus vidas por una mentira, creyendo sinceramente ser la verdad de Dios, pero hacerlo por un fraude conocido sería tan absurdo que no podemos suponerlo. Por esto, ante la intrepidez apostólica que dió lugar al nacimiento y desarrollo del Cristianismo, todos los cristianos hemos de suscribir hoy aquella alborozada exclamación de los primeros discípulos en la tarde del primer domingo de Pascua: «¡Ha resucitado el Señor verdaderamente!», y aún añadir, llenos de esperanza nuestros corazones recordando sus gloriosas promesas: «Si Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron (2) es hecho», 1.ª Corintios 15.20.

---

como que escondimos de El el rostro, fué menospreciado y no lo estimamos.

»Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas El herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz sobre El y por su llaga fuimos nosotros curados».

Y en el salmo 16: «Alegróse por tanto mi corazón y se gozó mi gloria: también mi carne reposará segura, porque no dejarás mi alma en el sepulcro, ni permitirás que tu santo vea corrupción».

(2) Los primitivos cristianos llamaban a la muerte de sus hermanos «dormir en Cristo»; tan seguros estaban en la esperanza de otra vida, y de la resurrección.

CAPÍTULO X

EL FENOMENO DE LA CONVERSION

En la plática sobre el tema: ¿Somos responsables?, nos hemos referido a la imperfección de nuestro carácter humano, y a la necesidad de un cambio que nos haga aptos para vivir en un ambiente de completa santidad, en el Reino de los Cielos.

Esta incapacidad nuestra debería preocuparnos más de lo que, en general, preocupa a los hombres, al darnos cuenta de cuán rápidamente se deslizan nuestras vidas hacia la muerte y las realidades eternas.

¿Cómo transformar nuestra caraácter y adaptar nuestra voluntad a un mundo de perfecta elevación moral?

Esa transformación, indispensable para cada uno de nosotros, es tan solamente posible por el fenómeno psicológico que la Biblia llama conversión.

¿Qué es conversión?

Por lo general, cuando los católicos oyen esta palabra en labios de los predicadores evangélicos o la leen en nuestros folletos, suponen que nos referimos a un simple cambio de religión. Creen, muy equivocadamente que, el afán de los pastores evangélicos, consiste en persuadir a las personas a que apostaten de la religión católica para dar su nombre y adhesión a su secta protestante. Esta suposición es del todo errónea.

La palabra «conversión», en labios de un verdadero cristiano evangélico, no significa cambio de una a otra de las varias organizaciones o ramas religiosas en que, desgraciadamente se halla dividida la Cristiandad, sino de cualquiera de estas ramas a Dios, ya que en todas las iglesias cristianas hay personas que no han experimentado el cambio de corazón o «nuevo nacimiento» que el Señor Jesucristo consideraba indispensable para entrar en el reino de los cielos.

Los hay en gran número en las iglesias protestantes, sobre todo en los países donde ser protestante es ir con la mayoría, siguiendo una tradición familiar. También hay muchísimos católicos que necesitan ser convertidos de los errores introducidos posteriormente en la religión cristiana; pero sobre todo de sus vidas de pecado e indiferencia religiosa, pues hay millones de católicos que profesan su religión superficialmente, sin convicción ni fe alguna en la realidad de la doctrina cristiana, ni del mismo dogma católico.

Seguridad de la salvación

Pero tan pronto como un católico, un protestante nominal, un judío, o un pagano empiezan a leer el Nuevo Testamento, no pueden menos que darse cuenta del hecho y de la necesidad de la conversión.

Observan que en los cristianos primitivos había tenido lugar un cambio, no sólo de una religión a otra, sino de un modo de ser a otro, y que como resultado de este cambio, los cristianos que se mencionan en los Hechos de los Apóstoles, así como los destinatarios de las epìstolas del Nuevo Testamento eran personas a las que se suponía salvos y seguros de su futuro eterno.

Así lo afirman cada uno de los apóstoles:

A los creyentes de *Corinto*, escribe San Pablo: «Ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos ni los maldicientes, ni los robadores, heredarán el Reino de Dios. Y esto érais algugunos: mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús y por el espíritu de nuestro Dios». 1ª Corintios 5-10-11.

A los *Colosenses* dice: «A vosotros que estábais muertos en pecados... os vivificó juntamente con El, perdonándoos todos los pecados».

A los *Efesios* escribe: «En El digo, en quien asimismo tuvimos suerte habiendo sido predestinados, conforme al propósito del que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad, para que seamos para alabanza de su gloria, nosotros que antes esperamos en Cristo. En el cual esperásteis también vosotros oyendo la palabra de verdad, el Evangelio de vuestra salud; en el cual, también desde que creisteis, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia, para la redención de la posesión adquirida para alabanza de su gloria». Efesios 1, del 11 al 14.

En el *Evangelio de San Juan*, leemos acerca de la venida del Verbo de Dios al mundo: «A lo suyo vino y los suyos no le recibieron, mas a todos los que le recibieron dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre». 1.ª Juan 1-2.

Asimismo *San Pedro*, escribiendo a cristianos esparcidos en diversas partes del mundo y de lenguas distintas, creyentes todos en Jesucristo, declara: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que, según su grande misericordia nos ha regenerado en esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada en los cielos para nosotros que somos guardados en la virtud de Dios por fe». 1.ª Pedro 1:3-5.

Esto significa que, aun cuando como hemos indicado en el lugar correspondiente, ninguna persona existe que merezca el cielo por su propia virtud, algunas, en los días apostólicos, habiendo oído de la venida de Jesucristo el Redentor, confiaron plenamente en El como su Salvador personal y en virtud de este hecho eran considerados por los apóstoles como seguros poseedores de la vida eterna.

Justificación y transformación

La aceptación del sacrificio expiatorio de Cristo, no solamente les había justificado ante el tribunal divino, en el sentido legal, sino que había transformado sus conciencias y sus vidas, haciéndoles moralmente nuevas personas.

Esto es lo que ocurre aún hoy día con aquellos que ponen su fe en Cristo como su salvador personal, pidiendo a Dios les perdone todos los pecados de la vida pasada y les dé su gracia para ser en adelante, no cristianos de nombre, sino de hecho y de verdad. A los tales, la deuda de sus ofensas al Creador, tanto de acción como de comisión les queda totalmente perdonada; como si nunca hubiesen cometido ofensa alguna. Los pecados llamados mortales, así como los que los hombres llaman veniales, son totalmente borrados ante la justicia divina por medio de este solemne acto que se llama en el Nuevo Testamento «Conversión» o «Nuevo Na-

cimiento». El Apóstol San Juan afirma que, este indulto divino sirve no sólo para borrar una clase de pecados o para quitar únicamente parte de la culpa sino, que realmente: «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». 1.ª Juan 1:7.

Algunas personas dicen: «Pero... ¿Cómo puede un simple acto de fe, otorgarnos un bien tan grande, como es el de la vida eterna por los siglos de los siglos?».

La misma extrañeza sentía Nicodemo cuando Cristo le habló del Nuevo Nacimiento, y entonces el mismo Señor le aclaró el significado de sus palabras, diciéndole: «Porque como Moisés levantó la serpiente en el desierto así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado para que, todo aquel que en El crea no se pierda mas tenga vida eterna». «Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito para que todo aquel que en El crea no se pierda mas tenga vida eterna», San Juan 3:14-16.

Casos típicos de transformación

Podemos asegurar que hay un poder misterioso en la verdadera conversión a Dios, que transforma las vidas de aquellos que con sinceridad dan este paso. En la historia tenemos casos muy notables de hombres y de mujeres que cambiaron totalmente de actitud y de modo de ser desde que rindieron sus vidas a Cristo siendo transformados en nuevas personas.

La conversión de San Agustín

Notorio es el caso del libertino Agustín de Hipona, convertido a Dios mientras se hallaba en cierta casa esperando la visita de una dama casada. Cuando después de la lectura del pasaje bíblico de Romanos 13;14: «Andemos como de día honestamente: no en glotonerías y borracheras, no en lechos y disoluciones, no en pendencias y envidias, mas vestíos del Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne y sus y sus deseos», y de haber confesado a Dios los pecados de su vida pasado implorando el perdón por los méritos de Cristo; apenas se levantó de sus rodillas, llamaron a la puerta del jardín.

—Soy fulana de tal... — advirtió una voz femenina.

—Pues yo ya no soy Agustín — fué la respuesta del ex-libertino cerrendo la ventana.

Y así fué. La decisión de aquel momento demostró ser obra del Espíritu Santo y no una determinación pasajera, por el completo cambio de vida que hizo del antiguo licencioso maniqueo el más grande teólogo y obispo del siglo IV, conocido bajo el nombre de San Agustín.

El borracho de nacimiento

Podríamos citar miles de casos de pecadores empedernidos, viciosos, degradados, incapaces

de librarse a sí mismos de la inquebrantable cadena de sus vicios, a pesar de habérselo propuesto en vano millares de veces, los cuales sin embargo lograron por su conversión a Dios, no sólo romper con su esclavitud moral, sino también dirigir eficazmente sus vidas en una dirección completamente nueva.

Queremos citar solamente el caso de un hombre a quien llamaban el «borracho de nacimiento» por haber sido engendrado en estado de completa embriaguez de sus progenitores, según habían contados ellos mismos, y éste era su inveterado e invencible vicio desde su niñez. Cada vez que era detenido por la policía londinense y condenado a cumplir una quincena, durante aquellos días que se hallaba sobrio, hacía los más decididos propósitos de no volver a reincidir en un vicio que, comprendía, causaba la ruina propia y de su familia. Pero tal determinación solamente duraba hasta el momento en que, con algún dinero en el bolsillo, acertaba a pasar por delante de alguna taberna.

Un día entró en una sala del Ejército de Salvación donde oyó predicar el Evangelio, y a un hombre llamado José, quien daba testimonio de cómo el poder de Dios le había librado del vicio de la bebida. Tan pronto como oyó la invitación, el borracho de nacimiento se levantó y dijo: «yo quiero ser como José».

Le invitaron a arrodillarse en el lugar correspondiente y a pedir a Dios el perdón de sus

pecados por los méritos de Cristo, y el poder del Espíritu Santo para vivir una vida regenerada. Y así fué.

En cierta ocasión en que, por haber perdido el trabajo tuvo que dedicarse a la venta de periódicos; tan peligrosa ocupación llevóle a una taberna donde varios de sus antiguos compañeros le invitaron a embriagarse con ellos. Ante su negativa, uno de aquellos beodos le arrojó un gran vaso de vino por la cara y el vestido diciéndole:

—Si no lo quieres por dentro, tómalo por fuera.

El ex-borracho y pendenciero, enjugose pacientemente el rostro y mostrando su brazo desnudo al querellante le dijo:

—Vosotros sabéis lo que yo habría hecho en otro tiempo, y lo haría ahora si no fuera un hijo de Dios, pero El me da fuerzas para perdonaros; que El os bendiga.

Necesidad universal

Mas no son sólo los degradados y grandes pecadores quienes necesitan ser convertidos, sino toda persona humana, ya que la Sagrada Escritura afirma: «No hay justo ni aun uno... todos pecaron y están destituídos de la gloria de Dios». Romanos 3;10 y 23.

Debe llegar un momento en la vida de cada hombre y mujer, cuando reconociendo su ne-

cesidad de salvación acuda al Trono de la divina Gracia para implorar el perdón por los méritos de Cristo, empezando a vivir una nueva vida como hijo de Dios. Hay una gran responsabilidad en no dar este paso cuando conocemos su necesidad e importancia por las graves advertencias y promesas del Evangelio a este respecto.

En algunas personas este cambio es más notable que en otras. Ello depende de su vida anterior. En los casos de menores de edad, de carácter dócil, educados en un ambiente cristiano, se hace difícil a veces señalar el preciso momento en que se operó la conversión; pero se opera sin embargo. Un lazo de fe viva, de más íntimo amor y de más consciente gratitud a Cristo por su obra redentora tiene que formarse también entre Dios y estos llamados cristianos de nacimiento, para que lo lleguen a ser de verdad.

Al establecerse esta nueva relación espiritual se produce la renovación interior que San Pablo llama: «Nueva vida en Cristo», la cual brota a veces con fuerza arrolladora, venciendo todo obstáculo, y otras se mantiene como una planta de débil tallo. Pero como en la naturaleza, asimismo en el terreno espiritual, cuando la vida existe ha de manifestarse de algún modo, y por débil que sea, es siempre susceptible al desarrollo.

La medida completa de esta nueva planta de

santidad no es accesible en esta vida, pero ha de ser alcanzada en la eternidad. Esto es lo que declara el apóstol San Juan cuando escribe: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce porque no le conoce a El. Muy amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando El apareciere seremos semejantes a El porque le veremos como El es. Y cualquiera que tiene esta esperanza en El, se purifica, como El también es limpio». 1.ª Juan 3; del 1 al 3.

El desarrollo de esta nueva vida será el tema de nuestra última plática en esta serie de conferencias.

CAPÍTULO XI

LA FE Y LAS OBRAS

En la plática anterior, mostramos cómo el hombre es reconciliado con su Hacedor por la obra redentora de Cristo y mediante el cambio de sentimientos que produce en nosotros la aceptación de este sacrificio.

Dios no espera otra cosa para perdonar a los pecadores que, un cambio de actitud de su parte. Cuando el tal se produce, concede un perdón amplio, completo, absoluto, e incondicional.

Dos ejemplos de completo perdón

Esta es la doctrina que Jesucristo enseñó constantemente, ilustrada particularmente en la parábola del Hijo pródigo. En ella se nos muestra cómo el Padre concedió al hijo arepentido perdón completo. No le impuso ninguna penitencia, verbigracia, una estancia preventiva en alguno de los calabozos o sótanos de la grande casa, aunque en estricta justicia, el mal

hijo merecía esto y mucho más; sino que, le recibió con una cordial bienvenida haciendo una fiesta en su honor, sin reprocharle su pasado, ni mostrar recelos en cuanto a su conducta futura.

La doctrina que se desprende de esta parábola, tuvo su cumplimiento en el caso del ladrón que murió al lado de Jesucristo en la cruz. Según San Marcos, empezó este malhechor denostando a Cristo, junto con su compañero; pero al darse cuenta de la noble actitud de Jesús pidiendo perdón por sus verdugos, y al oírle orar al Todopoderoso llamándole Padre, un rayo de luz iluminó la conciencia del infeliz.

Allí había un ajusticiado ¡tan benigno!, ¡tan diferente de los demás!, que había orado por sus verdugos y se dirigía al Eterno Juez, no con temor, sino dándole un nombre que nadie aplicaba en aquellos tiempos al Todopoderoso. ¿Sería éste el Mesías prometido, el rey de Israel?

Ante tan extraordinario ejemplo, el desventurado se avergonzó de sí mismo y de sus hechos y resuelto a creer que, Aquel que aparecía a los ojos de todos como impotente crucificado era el Mesías, Rey de los cielos y tierra, le rogó que tuviera un piadoso recuerdo para él cuando tomara posesión de su Reino. Ello bastó para que, sin otro mérito o esfuerzo alguno, Cristo le asegurara la entrada en el Reino aquel mismo día.

¿Por qué no ha de ser igual en el caso de cada pecador?

No puede ocurrir de otra manera, si es como afirma San Pablo: «un don de Dios para que nadie se glorie»; pues un don, ni se merece ni se paga.

Sin embargo, no podemos terminar la historia del «pródigo», en nuestra imaginación, sino pensando que su conducta posterior en la casa del Padre, correspondería con la sinceridad de su arrepentimiento, que nos muestra la parábola.

Y en el caso del ladrón, no nos cabe sino suponer que su cambio de vida habría sido completo, de haber podido bajar de la cruz.

Al morir, el ladrón arrepentido, hizo verdad la doctrina de San Pablo de que: «Al que no obra, pero cree en el que justifica al impío, la fe le es contada por justicia». Romanos 4:5, pero de haber vivido habría hecho honor, seguramente, a la doctrina de Santiago, quien afirma que: «la fe no puede justificar, ni existir, si no va acompañada de buenas obras (Santiago 2:24).

De modo que ambas doctrinas, al parecer contradictorias, son verdaderas, porque cada una se cumple según los casos.

El lugar y alcance de las buenas obras

Pero en todas las ocasiones y circunstancias, las buenas obras que el convertido debe llevar

a cabo, jamás serían suficientes para merecer ni comprar su salvación. Es un don tan inmenso el de la vida eterna, o sea la felicidad por todos los siglos, que las más costosas obras que pueden ser realizadas en la vida humana, por prolongada que ésta sea, nunca bastarían para alcanzarla. Por esto nos es imposible admitir la teoría de las obras superrogativas que, habiendo sobrado a los santos y a la bendita virgen, según dicen, son aplicadas, a cambio de limosnas, en favor de alguna persona determinada.

No encontramos en el Evangelio que Dios haya establecido alguna tasa de buenas obras mediante la cual pueda comprarse, o ser merecida, la salvación; ni tampoco se fija medida alguna de buenas acciones o méritos que nos ayude a determinar cuando una persona ha alcanzado ya la santidad. Por lo tanto, jamás puede darse el caso de un exceso de buenas obras en persona alguna; y nada hallamos en la Palabra de Dios que nos haga suponer que tal supuesto sobrante de buenas obras pueda ser aplicado en favor de otras personas, antes al contrario, dice Nuestro Señor Jesucristo: «Cuando hubiéseis hecho todo lo que os ha sido mandado, decid: «Siervos inútiles somos pues lo que debíamos hacer hemos hecho». (Evang. de San Lucas 17:10.)

Se ha comparado la salvación al caso de una persona muy pobre que fuera librada de una gran deuda por un acaudalado multimillonario.

Sería ofensivo para la generosidad de su bienhechor el que el deudor se empeñara en restituir o pagar la gran suma perdonada; pero del todo natural y loable que el beneficiado se esmerara en ofrecerle obsequios para mostrar su gratitud. Tales regalos podrían carecer de un valor efectivo para el amigo archimillonario, pero sin duda serían bien apreciados por éste como manifestaciones del sentir de su protegido.

Del mismo modo nuestras buenas obras, no pueden comprar ni merecer la salvación, en un sentido positivo, pero son el mejor exponente de nuestro amor y gratitud a quien hizo posible nuestra salvación con su inmenso sacrificio.

El primer paso y otros muchos

Se ha dicho que la conversión es el primer paso a la vida eterna, pero nada más que un paso. En el caso del ladrón fué suficiente porque la misma muerte se hallaba a un paso del malhechor arrepentido; pero cuando la muerte está lejana, toda conversión genuina ha de ir acompañada de una vida cristiana más o menos abundante en frutos. La cuantía de éstos no altera el propio hecho de la salvación, que es un don de Dios; pero otorgarán al redimido mayor o menor recompensa en la eternidad. Si faltaran estos frutos del todo, sería señal de que el cambio de corazón o conversión verdadera no ha tenido lugar.

¿Motivos?

Pueden ser: falta de sinceridad en el supuesto arrepentido, falta de comprensión de alcance de la obra de Cristo o falta de la misma base para ambas cosas, que es: fe en la existencia de Dios y en su verdad revelada. Estos son los principales motivos de la apostasía.

Pero el que es cristiano de veras tiene el deber de demostrarlo de dos maneras:

1.° Con una nueva actitud para con Dios.

2.° Con una nueva actitud para con el prójimo.

Según el resumen de la Ley moral que Jesús dió, estos dos extremos abarcan toda religión. La verdadera religión.

Una nueva actitud de amor *hacia Dios*, que nace al darnos cuenta de su amor hacia nosotros.

Y una nueva actitud *hacia nuestros prójimos* por amor y respeto a Aquel a quien todo lo debemos, el cual nos dijo: «Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros como yo os he amado». Juan 15;12. Y declaró: «En cuanto lo hicisteis a uno de estos pequeñitos que creen en mí, a mi lo hicisteis». San Mateo 25;45.

Estos son los resultados de la verdadera fe.

Por qué escogió Dios la fe

Cuando Dios instituyó la fe como medio de salvación, no lo hizo sin razón ni motivo, pues El es la sabiduría suprema (tanto en el orden

material como en el orden espiritual) y sabía bien que la fe había de ser un poderoso medio de atracción a su propio Ser y al régimen de santidad y justicia que impera en el Reino de los Cielos.

Era evidente para la Suprema Providencia que la fe habría de ser el medio más al alcance de todos los seres humanos, por pobres y desvalidos que fuesen. Muchos se habrían visto impedidos de recibir *el don de Dios* si para conseguirlo hubiese El ordenado cualquier otro medio o esfuerzo de orden material; pero nadie está imposibilitado de creer si quiere considerar las cosas por el lado favorable, y se aferra tenazmente a las razones y pruebas que Dios mismo nos ha dado, rechazando la duda con sincera voluntad.

Conocía también el Supremo Hacedor que, con ser tan sencillo sería sin embargo la fe, el método más eficaz para dar lugar al grato fruto de las buenas obras, las cuales, al no ser exigidas, sino espontáneas del corazón agradecido, serían tanto más valiosas.

Considerando el misterioso curso de la historia y de nuestra propia vida, podemos comprender que la fe honra más al Creador cuanto más probada es por adversidades y persecuciones, y ello era muy conveniente y útil en un Universo donde existen seres rebeldes que desconfiaron de la bondad y sabiduría de Dios: Satanás y sus ángeles.

Podemos creer que su culpable desconfianza es, y ha sido muchas veces, confundida y avergonzada por la extraordinaria confianza en Dios de millones de mártires y por el abnegado heroismo de algunos fieles servidores del Señor. Puede serlo aún por nuestra humilde paciencia, cuando soportamos con gozo y resignación las pruebas a que El nos somete.

Es sin duda alguna la salvación por la fe el medio más sencillo, el más eficaz y en todos los aspectos el mejor para hacer patente ante el Universo entero la grandeza de la benevolencia Divina y los beneficiosos resultados de tal bondad.

También es la fe la virtud que más honra a Dios, a causa del contraste que ofrece con la actitud de los seres desconfiados que se rebelaron en contra de su gobierno universal. Por esto se ha dicho con razón que cada acto de fe de un creyente es una bofetada en el rostro de Satanás.

El plan de Dios contrariado

He ahí porque el gran Enemigo puso todo su empeño en deshacer y desvirtuar este magnífico plan. ¿Cómo? Introdujo entre los cristianos ideas contrarias a estas enseñanzas tan claras del Nuevo Testamento, logrando que muchos pusieran su confianza en las propias obras meritorias, en lugar de ponerla en la obra redentora de Cristo. De esta manera confundió

el propósito divino, en perjuicio de los propios pecadores, a quienes fué vedado el camino fácil que Dios había establecido, llevándoles a la práctica de muchos sacrificios inútiles, los cuales Dios ni requiere ni los aprueba, sobre todo cuando no benefician a nuestros prójimos, sino que se limitan a causar dolor al penitente.

Por el contrario, tales sacrificios causan desmérito a la obra perfecta de Cristo, tratándola como si no hubiera sido suficiente, y perjudican la misma gloria de Dios; pues de ningún modo las buenas obras hechas por el temor del infierno o para alcanzar el Cielo, honran a Dios, como le honra toda acción noble que es hecha, no para comprar ni ganar su favor, sino espontánea y voluntariamente, por los que ya se sienten salvados, en aras de una sincera gratitud a su Dios y Salvador (1).

---

(1) El gran reformador Martín Lutero, a quien tanto se ha criticado y mal juzgado, por la doctrina que expuso de la salvación por la fe, declara la verdadera relación de la fe y las obras con las siguientes palabras que copiamos textualmente de uno de sus más conocidos libros:

«Valiéndonos de algunos símiles diríamos: las obras del cristiano (el cual por su fe y por pura gracia de Dios es justificado y salvado gratuitamente) podrían tasarse como las que Adán y Eva habrían hecho en el Paraíso, según está escrito en el Génesis: *Dios colocó al hombre en el Paraíso para que lo trabajase y guardase*» (Génesis 2:15). Ahora bien, Adán fué creado justo, bueno y sin pecado. Por consiguiente, no le era preciso cuidar del Paraíso para ser creyente y justificado. Sin embargo, a fin de que no anduviera ocioso, Dios encomendóle la labranza y vigilancia del Edén. Tales obras de Adán habrían sido hechas por él vo-

Esta es la diferencia entre la doctrina evangélica de la fe justificante, generadora de buenas obras, y la doctrina católica de la salvación por las buenas obras acompañadas de fe. Aunque ambas doctrinas parecen muy semejantes son esencialmente diferentes. A todas luces es la primera, además de bíblica, la que mejor concuerda con la sabiduría del supremo Hacedor y la que más le glorifica.

Ciertamente, el hombre no puede mejorar o enmendar la obra y el plan de Dios. Como en la naturaleza, así también en el dominio de la religión.

Nadie podría mejorar una flor natural pintando sus pétalos; dejarla como Dios la hizo es mucho mejor. Del mismo modo con respecto a la doctrina de Cristo: Todo lo que se ha tratado de añadir a ella ha sido «embadurnar» o sea desmejorar la religión cristiana, en vez de adornarla o perfeccionarla. Aceptar lo que el Evangelio dice es siempre lo más sensato.

luntariamente sólo por complacer a Dios, pero en modo alguno para alcanzar una justificación que él ya poseía y con la cual todos nosotros podríamos haber nacido. Pues bien, este es el caso de las obras del hombre creyente, el cual por su fe es puesto de nuevo en el Paraíso y de nuevo creado. Las obras que ejecute no le serán necesarias para su justificación, sino que le han sido ordenadas con objeto de evitar su holganza, haciéndole esforzar y cuidar el cuerpo, exclusivamente para agradar a Dios» (De: «*La Libertad Cristiana*» Cap. XXIII).

La obrita entera de Lutero «La Libertad Cristiana» publicada en castellano juntamente con su célebre carta a León X, puede pedirse a cualquier centro evangélico o bien a la casa editorial «La Aurora», Corrientes 728, Buenos Aires. República Argentina.

Capítulo XII

VIDA CRISTIANA

La transformación que tiene lugar en el hombre cuando Jesucristo es aceptado con fe viva como Salvador personal, no es obra humana ni puede ser explicada por leyes del intelecto.

Psicología de la conversión

El gran psicólogo William James, impresionado por las profundas transformaciones de conducta y de carácter que había visto producirse por la predicación del Evangelio entre gentes degradadas, sobre todo por la labor del llamado Ejército de Salvación, trató de explicar el fenómeno de la conversión religiosa en términos psicológicos, pero no lo logró. Hay factores imponderables en este fenómeno que, trascienden y escapan a todas las reglas y normas observadas por la psicología. Se manifiesta en la conversión un poder oculto que, realiza y hace posible aquello que el mero propósito y aun el medio ambiente, no son capaces de lograr. Personas

viciosas que habían sido objeto de especial educación en buenas familias o en un ambiente adecuado en clínicas y reformatorios, sin éxito alguno, pudieron ver realizado el milagro de su transformación cuando profesaron una fe sincera en Cristo y oraron a Dios suplicándole su poder. Es decir, cuando se hizo real en sus vidas aquello que William James llama el supuesto: «factor espiritual».

¿Que ha habido sin embargo aparatosas caídas en los que parecían haber sido transformados espiritualmente? Es también una verdad innegable; pero en todos aquellos casos en que la convicción espiritual era sincera, tuvo lugar un levantamiento moral que superó la caída, produciendo una confirmación de lo que James llama la «teoría espiritualista» o sea el supuesto de que existe un poder superior al de la propia mente, lo que nosotros conocemos como el poder del Espíritu Santo, el cual es eficiente, no sólo para regenerar al pecador, sino también para levantarle de cualquier caída y ponerle más alto de lo que antes estaba.

Nuevo poder y nuevos goces

En todos los casos se confirma que una vez convertido el verdadero cristiano, no podrá ya practicar el pecado con la misma desenvoltura con que lo realiza el no regenerado. El agri-dulce del pecado que se forma en toda conciencia

humana al enfrentarse con el mal, en virtud de la imagen divina impresa en la raza, se vuelve más agrio en el corazón regenerado; pero nuevas fuentes de gozo se abren para el convertido a Dios. Placeres insospechados, inexplicables por ser de carácter íntimo y espiritual, vienen a enriquecer su vida de tal modo que, le resulta fácil renunciar a aquello que antes le parecía imposible.

Algunos alegaban su dificultad para ser cristianos por motivo de este cambio de conducta y de sentimientos que veían en otras personas. «Yo no podría ser cristiano» — se decían —. «Yo tengo que vivir mi vida». Sin embargo, una vez tuvo lugar en ellos la conversión, no encontraron difícil la vida cristiana, antes al contrario, hoy miran con lástima los años que pasaron lejos de Dios, cuando buscaban el placer en cosas que no satisfacen realmente, y no cambiarían por nada del mundo su presente felicidad por su antigua vida de indiferencia y de pecado.

Crecimiento en dos direcciones

La nueva vida del creyente se desarrolla en dos direcciones:

a) En nueva y más íntima relación con Dios.

b) En nueva y más benévola relación con el prójimo.

El ideal de toda vida cristiana se halla expre-

sado en aquel resumen de la Ley Divina que Cristo dió: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma, de todas tus fuerzas y de todo tu entendimiento y a tu prójimo como a ti mismo».

Ya hemos indicado que, al cumplimiento perfecto de este mandamiento, nadie es capaz de llegar, pero los avances constantes en las dos esferas citadas son los jalones de triunfo del atleta cristiano, hasta llegar a la meta de la perfección en el Reino de los Cielos.

La vida cristiana consiste en limitar, o como S. Pablo lo llama: «mortificar» las tendencias insanas de la vieja naturaleza, por un lado, y por el otro, permitir al Espíritu Santo poner en acción las fuerzas de la nueva naturaleza que ha sido «plantada» como dice S. Pablo, o mejor diríamos, usando la misma figura, «*injertada*» en nosotros, haciéndonos triunfar de día en día en la senda de la virtud, aun en medio de nuestras debilidades y caídas.

Algunos consejos prácticos

Con la esperanza de que estas pláticas sean escuchadas por alguna persona que haya empezado, o se decida a iniciar con motivo de ellas, una vida cristiana de verdad, nos permitimos terminar con algunos consejos prácticos:

1.° Si ya has pedido a Dios que salvara tu alma y crees que El lo ha hecho, procura alimentar tu corazón leyendo la Sagrada Escritura, sobre todo el Nuevo Testamento, ya que, en él encontrarás muchas enseñanzas y promesas que alentarán tu fe y te harán comprender más y mejor tu posición como hijo de Dios, y tus deberes como cristiano.

Si encuentras algo que no comprendes, no te desalientes. Procura leer otros capítulos más sencillos y posiblemente cuando vuelvas sobre aquellos pasajes que te resultaron obscuros en la primera lectura los comprenderás mejor.

2.° Adquiere libros y revistas que te expliquen el contenido de la Sagrada Escritura y las doctrinas del Evangelio.

3.° Mantén tu comunión con Dios por medio de la oración. No es malo repetir buenas oraciones aprendidas de memoria, si se dicen de un modo inteligente, haciendo propias las expresiones de cada plegaria. No hagas mérito empero, del número de veces que repitas una oración. Este fué el error de los fariseos y lo es a quienes Cristo censuró y lo es todavía hoy día en muchos que se dedican a «pasar el rosario». Cuando oras procura pensar en el significado de las palabras que pronuncias.

Observa en el Nuevo Testamento que aunque los apóstoles conocían bien la oración del Padrenuestro no hallamos que la repitieran ninguna vez, sino que se dirigían a Dios en sus propias palabras y según las circunstancias del momento. Hazlo así también; dile a Dios lo que

ciencia. Procura darte cuenta de si estás haciendo con otros, lo que quisieras que otros, hicieran contigo.

Para tiempos de prueba

7.° Hay un proverbio que dice: «Procede como si hubiera Dios y hallarás que lo hay». Esto significa que verás muchas veces la mano de Dios a tu favor en el curso de tu vida cristiana. Se han contado más de treinta mil promesas en la Sagrada Escritura, y millones de cristianos testifican cuán maravillosamente Dios ha honrado estas promesas, cumpliéndolas en sus vidas con hechos y sucesos demasiado coincidentes para poder achacarlos a simple casualidad.

Sin embargo, no te desalientes ni desconfíes de la Providencia, si todas las cosas no van por el camino que tú deseas. Dios puede permitir males y dificultades para nuestro progreso espiritual.

Como en todo entrenamiento físico, en la vida cristiana, son útiles los obstáculos y las contrariedades para purificar y elevar el carácter, haciéndonos avanzar en el camino de santidad que Dios nos tiene señalado. Epocas de bonanza pueden ser útiles para el desarrollo de una virtud, como la actividad y el celo por Su causa; pero la adversidad, el dolor, la enfermedad, o bien la ingratitud y la injusticia por parte de tu prójimo, pueden ser medios que Dios emplee

sientes con toda sinceridad. Puedes dirigir a Dios tu pensamiento aun en medio de los trabajos diarios, pero es muy conveniente tener algún tiempo de comunión con Dios a solas, libre de otras preocupaciones.

4.° Es una hermosa costumbre, de la que nos da ejemplo nuestro Señor Jesucristo, el dar gracias a Dios antes de participar de los alimentos. Adóptala personalmente y si te es factible en familia. Dios es el Creador que ha hecho posible nuestra vida en el seno de la vasta naturaleza, y la mantiene, dándonos el alimento por mil medios maravillosos en los que, podemos admirar su provisión y solicitud para con sus criaturas. ¿No vale la pena mostrarle nuestra gratitud cada vez que disfrutamos del privilegio de alimentar nuestro cuerpo?

5.° No te limites a pedir favores a Dios. Procura presentarte ante el Padre Celestial, no solamente como un porfiado mendigo, sino como un hijo agradecido.

No te desanimes si no aciertas a formular hermosas oraciones; dos palabras dichas de corazón, valen para Dios más que un florido discurso poco sentido.

6.° Confiésate con Dios a menudo. El ha prometido perdonar todos los pecados de la vida pasada a los que le solicitan este perdón por los méritos de Cristo, pero faltamos infinidad de veces en muchas cosas y conviene hacer ante Dios frecuentemente un sincero examen de con-

para el desarrollo de otras virtudes que no tendrían ocasión de manifestarse ni ejercitarse, si todo marchara viento en popa en tu vida. Los puntiagudos guijarros del monte, se convierten en piedras lisas del torrente, ¿cómo?: chocando unos con otros. Así pueden ser afinados nuestros caracteres por medio de las ofensas de que somos víctimas injustamente, si las soportamos con la actitud debida.

Cuando el rey David fué maltratado por un «quidam» que creyó había llegado la hora de abrumar con injurias al piadoso monarca, bastante afligido por la traición de su hijo Absalom, en lugar de autorizar al valiente Joab a correr tras del ingrato para cortarle la cabeza, el piadoso rey, creyó ver en el oprobio un propósito divino en su vida, y así era.

Muéstrate pues, paciente en las adversidades, pero sobre todo, practica el divino arte de devolver bien por mal. Dios, «hace que su sol brille sobre los que le blasfeman y llueva sobre justos e injustos», nos dice nuestro Señor Jesucristo, cuando nos exhorta a amar a nuestros enemigos. Por esto, en cuanto alguien te ofenda o se te oponga, busca la oportunidad de hacerle algún bien o favor. Desgraciadamente, tales oportunidades no se presentan a cada momento con nuestros ofensores, y sin oportunidad podría parecer impertinente tu deseo; pero ten un corazón dispuesto a amar y perdonar

y Dios te ofrecerá oportunamente la ocasión de hacer brillar los tesoros de tu carácter cristiano.

Sé testigo de Cristo

8.° No dejes de dar testimonio de tu fe a tus amigos y convecinos. Hay millones a nuestro alrededor que no se han apercibido de las realidades que se exponen en este libro, y viven como si nunca tuvieran que morir ni presentarse ante Dios. Háblales de Cristo, el perfecto Salvador de los pecadores. Invítales a escuchar las emisiones de Radio en donde se proclama la verdadera doctrina del Evangelio. Sé un buen testigo de Cristo para otros (1).

9.° Si vives en una ciudad donde hay iglesias evangélicas, no descuides el reunirte con los creyentes. Es cierto que Dios está en todas partes y puedes adorarle también en tu hogar, pero Cristo promete su presencia espiritual de un modo muy particular donde se hallan algunas personas reunidas en su nombre. Tu asistencia al culto, es necesaria para otros y para ti mismo. Ni el culto privado ni el de la radio,

---

(1) En el caso del lector nos permitimos recomendarle prestar a otras personas este pequeño libro u otros similares, como el medio más fácil para empezar a trabajar por su Salvador y en favor de la causa del Evangelio en el mundo.

Puede asimismo enterarse del horario de emisiones evangélicas para escucharlas e invitar a otras personas a hacer lo mismo.

aunque son buenas cosas, pueden sustituir la comunión con los creyentes, ni excusar la asistencia a la casa de Dios, porque como dice el salmista David: «Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos igualmente en uno... porque allí envía el Señor bendición y vida eterna». Salmo 133. 1 y 3.

10.° Si resides en una población donde no hay otros evangélicos, procura ponerte por correspondencia en contacto con los más cercanos y asistir a algún culto en aquella ciudad vecina, aun cuando no puedas hacerlo con mucha frecuencia.

Asimismo, si quieres adelantar en el conocimiento de la Biblia, y asegurarte más de la realidad de tu fe y de la esperanza de la vida eterna, que Dios promete, inscríbete en un curso bíblico por correspondencia. Se ofrecen totalmente gratis, pues todos los gastos son pagados por personas que saben la necesidad que tienen las almas de conocer el amor de Dios, y se esfuerzan para hacerlo conocer a otros. Es una buena oportunidad que te será facilitada, escribiendo a los editores de este libro o a cualquier centro evangélico.

El dar cumplimiento a estas recomendaciones, te será un gran bien espiritual; te ayudará a adelantar en el camino de la santidad y te ayudará a alcanzar lo que el apóstol S. Pedro llama: «Una abundante entrada en el Reino Eterno» (2.ª S. Pedro 1;11). Es decir, una entrada «triunfal», con mayor recompensa; pero de ningún modo creas que con ello compras la salvación del alma, pues esto sería en demérito de lo que Cristo hizo por todos nosotros. Su sacrificio fué completo y suficiente para librarnos de todos nuestros pecados y darnos la vida eterna; pero la práctica de estos consejos sobre vida cristiana será un buen modo de mostrar tu gratitud al Salvador, y de adelantar en el conocimiento de Dios, y en el camino de la perfección, que es el anhelo de todo buen cristiano.

EPILOGO

En el capítulo II de la carta a los Hebreos, que se encuentra en el Nuevo Testamento, su autor después de considerar el portento de que: habiendo hablado Dios a los progenitores del pueblo judío de muchas maneras, por los profetas, lo hubiese hecho, en aquellos tiempos, por medio del Verbo Eterno, superior a todos los ángeles; y después de afirmar, que era así por las señales y milagros que en sus días habían sucedido, exclama: «¿Cómo escaparemos nosotros si tuviéremos en poco una salud tan grande?» (Hebreos 2: 3).

Esta es la solemne advertencia que deseamos dirigir a las conciencias de nuestros queridos radioyentes, después de las consideraciones a que nos hemos dedicado en estas semanas. ¿Cómo escaparemos, o qué excusa alegaremos si no damos la importancia o estima que merecen las pruebas que Dios nos ha dado de su propia existencia y de su inmenso amor?

La condenación de millones de personas, no

tendrá mayor razón ni motivo que éste. Al lado de otras faltas y pecados de toda clase, el mayor de todos, será el haber tenido en poca estima el conocimiento de Dios, y de la salvación obrada por Cristo en su favor. ¿Será este el caso de algunos de nuestros estimados radioyentes (o lectores)?

Confiamos que no. El mismo hecho de que se hallen en estos momentos al lado de la radio escuchando a este humilde servidor de Dios (o leyendo estas páginas), es una prueba de que están teniéndolo en consideración. Que les gusta investigar la verdad. Pero, podría ocurrir que, terminadas estas emisiones (o esta lectura), de nuevo olvidasen su futuro eterno.

No lo permita Dios.

Reciban hoy a Cristo como su Salvador y empiecen a vivir, desde ahora, una vida genuinamente cristiana.

Es indecible la satisfacción que experimentarán cuando se den cuenta de haber hallado el mayor tesoro a que el insatisfecho corazón humano puede aspirar, que es: «El conocimiento de Dios, la convicción de que él es un ser real (de lo que quizás habían llegado a dudar) y la seguridad de que les ama y que su propósito es: no verles convertidos en polvo, sino felices a su lado, en regiones superiores del Universo, por todos los siglos.

INDICE

Capítulo		Página
	Prefacio	5
I	¿De Donde Venimos?	9
II	Hay un Propósito en la Creación	17
III	Nuestra Maravillosa Habitación	25
IV	¿Quién era Jesucristo?	33
V	¿Somos Responsables?	43
VI	¿Existe un Juicio tras la Muerte?.	49
VII	¿Por qué tenía Jesús que Morir como Redentor?	57
VIII	Valorando la Obra de Cristo	63
IX	¿Resucitó Jesucristo?	71
X	El Fenomeno de la Conversión	83
XI	La Fe y las Obras.	95
XII	Vida Cristiana	105
	Epílogo	116